



I CONCURSO DE RELATOS SHANT-YALA

21 de diciembre de 2007

Una iniciativa de Anselmo Ruiz de Alarcón y Cristóbal Río
Bermudo a través de amigosdesantaella.com

Edición: Cristóbal Río Bermudo y Fernando Hidalgo Cutillas

Copyright de sus respectivos autores, que se responsabilizan personalmente de la autoría de los textos. Ilustraciones de Luíz Kemp. Portada de Yves Santaella

Haré como aquél que, en su pobreza, es el último en llegar y, al no poder proveerse como los demás, compra aquellas cosas que los otros ya han dejado y rechazado por escaso valor. Yo me encargaré de los quehaceres despreciados y desechados por otros, las sobras de muchos compradores, e iré distribuyéndolas, no en las grandes ciudades, sino en las pequeñas aldeas, recibiendo en pago lo que sea justo por lo que ofrezco.

Cuaderno de Notas

Leonardo da Vinci

NOTA IMPORTANTE: Uno de los relatos, por su temática, no es adecuado para menores de edad. Es el titulado: **No se lo digas a mamá**, que comienza en la página 32.

MENCIÓN ALUMNOS PRIMARIA

LA GRAN CUEVA

María Galisteo Muñoz, Esther Costa Bascón y Soledad Estévez Jaraba

Érase que se era, en un pueblo llamado Santaella, que vivían tres niñas llamadas Carla, Lucía y Paola. A las tres les encantaban las aventuras y todos los días se iban al campo a jugar a las aventureras. Un día encontraron una gran cueva, pero como se les hizo tarde, decidieron guardar el secreto y volver al día siguiente a investigar.

A la mañana siguiente, al terminar las clases, las tres se encaminaron hacia la cueva. Entraron lentamente porque estaban deseando descubrir lo que había en ella, aunque también tenían miedo de encontrar algo que les asustara. Sin pensarlo dos veces, se adentraron cada vez más hasta descubrir muchísimas pinturas maravillosas. Parecía que alguien hubiera habitado antes ese fantástico lugar. También, junto a las pinturas, encontraron escritos de leyendas de Santaella en las paredes.

La que más les llamó la atención fue una que hablaba de lugares de Santaella, en concreto de la Ermita. También se quedaron pasmadas cuando vieron el dibujo de la leona de Santaella, ¿cuánto tiempo llevaría allí pintado?

Desde entonces no paraban de contar a sus amigas las fascinantes aventuras que pasaban y leían en la cueva. “Dicen que hace años, los habitantes de Santaella querían construir una ermita para nuestra virgen en un lugar llamado Molino Alto. Cuando decidieron hacerlo, y empezaron las obras, todo lo que construían se iba al suelo sin explicación alguna. Al principio pensaron que era alguien, pero tras vigilar todo un día comprobaron que se caía sola”.

Un día notaron un resplandor a las afueras de Santaella, fueron a comprobar lo que era y vieron que de donde salía la luz había una higuera que tenía hojas en forma de corazón. Entonces comprendieron, después de averiguar algunas cosas, que ahí era donde quería que se hiciera la ermita. Hoy nuestra Patrona se encuentra sobre un trozo del tronco de esa higuera.

Al llegar al camino de la cueva, las amigas ya empezaban a creerlas un poco, nunca habían visto aquella cueva. Poco a poco se fueron adentrando en la cueva hasta llegar al lugar de las pinturas y de las historias. Las amigas les pidieron perdón por no creerlas desde el principio.

Desde entonces todas las tardes viven mil aventuras en “LA GRAN CUEVA”, contando las historias que aparecen en las paredes y escribiendo otras nuevas para que otros niños, miles de años después, las vuelvan a encontrar.

Y colorín colorado, las amigas se han reconciliado.

CARTAS A UNA AMIGA

Pilar López Romero y Aurora López Pérez

Santaella a 22 de diciembre de 2005

Querida amiga:

Se acerca la Navidad y en mi pueblo se celebra de una manera especial. El 25 de diciembre es Nochebuena y, como en todos lados, la celebramos en familia. El 31 de diciembre recibimos el Año Nuevo, con petardos y alegría, en la plaza del pueblo. El 5 de enero sale la cabalgata por las calles, las carrozas van tirando caramelos, serpentinas, pelotas... El día 6 por la mañana, todos los niños cuando se levantan ven debajo del árbol de navidad todos los regalos que los Reyes les han dejado.

P.D. Escríbeme y cuéntame cómo se han portado los Reyes contigo.

Santaella a 12 de marzo de 2006

Querida amiga:

Darte las gracias por la foto que me enviaste en tu carta, la verdad es que me trajo muy buenos recuerdos y ganas de verte. Se acercan las vacaciones de Semana Santa y, especialmente en Santaella, es una celebración muy bonita.

Todos los Santos salen acompañados de sus nazarenos. Comienza el Domingo de Ramos saliendo la Borriquita. El miércoles por la noche sale en procesión el *Amarrao* y la Virgen de los Dolores. El día siguiente por la tarde, es el desfile de todos los nazarenos que van acompañados por sus bandas. Luego, por la noche, sale el Cristo de la Vera Cruz. Ya de madrugada, Jesús Nazareno camina por las silenciosas calles de mi pueblo, acompañado por todos los santos que desfilan detrás de él. El viernes es la procesión del Santo Entierro, en ella Jesús va dentro de un ataúd de cristal. Por último, el domingo por la mañana, sale el Resucitado acompañado por todos los nazarenos.

P.D. Aquí te envío una foto en la que estoy vestida de nazarena.

Santaella a 10 de mayo de 2006

Querida amiga:

Ya queda menos para que se acerque el verano y poder vernos. Acabamos de celebrar, como es costumbre en muchos pueblos de mi tierra, las Cruces de Mayo. Los niños hacemos cruces pequeñas y vamos pidiendo limosna por la calle. Los mayores las hacen grandes y participan en un concurso. Cuando el jurado elige la ganadora, siempre dan un perol, al que invitan a todos, para celebrarlo.

Las cruces las suelen hacer de claveles, rosas, *gominolas*, espaguetis, palillos de dientes, margaritas, globos y muchas cosas más. A los peques el ayuntamiento les invita a una merienda.

P.D. ¡Ya queda menos para que llegue agosto!

Santaella a 6 de septiembre de 2006

Querida amiga:

Aún me pongo triste cuando me acuerdo de la despedida. Menos mal que tus padres prometieron que te dejarían venir, y también que ¡comienza la Feria!

Se inicia con la elección de la reina de las fiestas. Tenemos costumbre de adornar las casetas con farolillas, banderas... la Feria de Santaella se vive durante todo el día, sólo por la tarde la gente se va un rato a descansar para volver por la noche. Los niños en la Feria nos lo pasamos muy bien porque nos montamos en los cacharritos y compramos cosas en los puestos.

El día 8 de septiembre es el día de la Virgen del Valle, ese día todos nos vestimos de gitanas y gitanos y vamos a la misa que da el sacerdote. Después nos vamos a la Feria a comer y estamos hasta las tantas de la madrugada. Este día es el que más ambiente hay en la Feria.

P.D. ¡ven pronto y conocerás todo lo que te cuento en mis cartas!!!

MENCIÓN ALUMNOS SECUNDARIA

LA MEJOR ESPERANZA... **LA SONRISA DE UN ÁNGEL**

Inmaculada Marín López

Todo comienza en un pequeño pueblo llamado Santaella, un lugar en el que se vive tranquilamente y en paz. Aunque es un pueblecito, tiene los medios suficientes para no tener que salir de éste y poder vivir cómodamente en él. En esta bonita villa vive una joven junto a su hermano y su madre.

Diana es una muchacha de dieciséis años de edad, con una gran ambición y dueña de un enorme coraje que la ayuda a salir adelante cada día. Ella jamás olvida la meta que se ha propuesto en la vida, que es lograr la felicidad de su familia. Cecilia es el nombre de la mamá de Diana que, pese ser una mujer fuerte, suele derrumbarse constantemente debido a unas alteraciones que sufre en el sistema nervioso. Sus problemas de salud aparecieron al serle diagnosticada una enfermedad poco frecuente a su hijo menor, que le permite apenas sostenerse en pie y caminar, a causa del mal desarrollo de los huesos de las piernas.

Diana es el apoyo de su familia desde que su padre los abandonó. Aunque a veces piensa que le será imposible lograr su meta, siempre termina recuperando la esperanza gracias a su hermano pequeño, Raúl, al cual su enfermedad no le impide llevar una vida tan normal como la de cualquiera, ni mucho menos le borra la sonrisa de ángel que tiene. Diana sabe que existe una cura para el problema de su hermano, pero también es conocedora del elevado precio de ésta, no sólo por el inconveniente de tener que desplazarse a EE.UU. para poder acceder a la cura sino que además el coste sería un imposible para esta humilde familia a la que nada le falta pero tampoco sobra.

A Diana le es imposible acudir al instituto porque también es la encargada de llevar dinero a casa para poder comer y vivir. Es dependienta en un supermercado del pueblo. Aun así, ella no renuncia a la posibilidad de estudiar y conseguir la titulación que la ayude a acceder a un trabajo con un sueldo mejor, por lo que tres tardes a la semana recibe clases de una profesora ya jubilada que se ofreció a ayudarla y enseñarle al menos lo básico.

Últimamente Cecilia, la madre de Diana, está bastante mejor de su enfermedad, pero aun así le es imposible dejar su casa para buscar un trabajo y poder colaborar con su hija. Su mayor deseo es ver a sus hijos contentos, a Diana con su ingenua mirada que atraviesa el alma de cualquier persona, pues tiene unos ojos verdes que brillan tanto como un lucero en plena noche; y, cómo no, a Raúl, su niño pequeño, su bebé, su vida, su amor... y la sonrisa de su vida... cuando él

sonríe, cualquiera que esté a su lado se llena de entusiasmo, de dicha y de ganas de vivir... Su dulzura apaga las tristezas del más amargado y su alegría alegra hasta al más depresivo.

Un día soleado, Diana se despertó con una sensación nueva, se sentía con fuerza y dichosa de poder ver el amanecer un día más, de poder contemplar la indescriptible sonrisa que Raúl le dedicaba cada mañana antes de que ella saliera hacia el trabajo. Como todas las mañanas de lunes a sábado, Diana, tras despertar, asearse y vestirse, salía hacia el trabajo que quedaba algo alejado. Pese a la extraña sensación que había sentido poco antes, la chica siguió su rutina como solía hacer día tras día sin descanso alguno. Terminó su jornada matinal, recogió su abrigo y su bolso, y se marchó. Cuando se disponía a regresar a casa, tropezó con un chico que a su parecer sería aproximadamente de su edad, y su bolso cayó al suelo, quedando así todas sus cosas tiradas. El joven se agachó rápidamente a recoger las pertenencias de la chica y ella, sonrojada, se disculpó, aunque el muchacho también lo hizo; ambos creían tener la culpa del tropiezo. Tras recibir mutuamente las disculpas, cada cual se dispuso a marcharse; él se percató de una foto que había quedado en el suelo, supuso que sería de la chica y se volvió rápidamente, pero ella ya no estaba, entonces salió corriendo en su busca pero no logró encontrarla.

Daniel necesitaba volver a ver a esa chica; algo en su interior le obligaba a buscarla y con la excusa de devolverle la foto podría volver a hablar con esa chica que tanto había llamado su atención. La foto fue la

pista que le guió hasta Diana, pues en la foto aparecía ella, junto a su madre y su hermano. Tras preguntar a varias personas, por fin una anciana le supo decir quién era y dónde vivía. Daniel fue en busca de Diana en cuanto le fue posible.

Eran las ocho de la tarde, Daniel había supuesto que a esa hora casi todo el mundo está en su casa y decidió probar suerte, por lo que enseguida se marchó en dirección a la casa de Diana. Daniel estaba tan nervioso que estuvo a punto de echarse atrás pero al fin se decidió a llamar a la puerta; una puerta sencilla, de una casa humilde, aunque bastante grande. Diana oyó que alguien golpeaba la puerta y fue a abrir para ver quién era, cuál fue la sorpresa de Diana cuando vio al chico con el que unos días antes se había tropezado a su salida del trabajo. Daniel estaba algo sonrojado, pero no tardó en reaccionar, saludó a Diana y ella hizo lo mismo con él; seguidamente, el chico le contó que al instante de tropezar, unos días antes, se encontró una fotografía en el suelo y al mirarla se dio cuenta de que sería de ella puesto que en la foto aparecían ella y su familia. Diana lo invitó a pasar a su casa y Daniel accedió, sólo hablaron durante unos minutos, pero fueron suficientes para conocer cada cual el nombre del otro, y poco más, aunque Diana le había comentado que no estudiaba sino que trabajaba en un supermercado, información que sirvió de mucho a Daniel, el cual no tardó mucho en aparecer por el supermercado en el que Diana trabajaba. Poco a poco y sin apenas darse cuenta, se fue formando una bonita amistad entre Daniel y Diana, que se veían casi todos

los días porque él había decidido tomarse sus visitas a Diana como una rutina diaria más.

Como buenos amigos, comenzaron a salir, a dar paseos por su precioso pueblo, unas tardes iban a un parque amplio con columpios y una bonita fuente y otras veces tan sólo se dedicaban a caminar y caminar sin cansancio entre las calles y callejas del lugar; y no sólo paseaban sino que también solían llevar con ellos a Raúl e incluso alguna vez se había animado a acompañarles Cecilia, la mamá de Diana. Daniel ya consideraba a la familia de Diana como parte de la suya, y bueno, a Diana... no es que la quisiese como hermana, es que la quería como algo más que a una amiga.

Una de las tardes que salieron a pasear, a Daniel se le ocurrió llevar a Diana a su casa, pues quería que conociese a sus padres, y así lo hizo. Esa tarde fue muy soleada y el cielo estaba totalmente despejado, Diana estaba algo nerviosa pero también tenía muchas ganas de conocer a los padres de Dani, como ella lo solía llamar. Desde el primer momento los padres de Daniel trataron a Diana con una gran amabilidad, pues les parecía una chica humilde y de gran corazón, y por supuesto, Diana también fue muy cariñosa con ellos. Estuvieron conversando largo y tendido y hablaron de todo un poco, incluso de la familia de Diana. Ella contó a los padres de Daniel la situación de su familia, no solo económicamente, sino de salud que para ella era lo más importante. Fue de esta forma como Diana se enteró de que el padre de Dani, que se llamaba Rodrigo, aunque Diana se dirigía a él como don Rodrigo, era médico; más exactamente neurólogo. Diana sabía que a

su madre la habían tratado varios neurólogos que habían intentado solucionar sus alteraciones nerviosas pero ninguno de ellos lo había conseguido, y esto se lo comentó a Rodrigo, el cual se ofreció a tratar a la madre de Diana e intentar encontrar alguna solución a sus problemas de salud. A Diana le pareció muy buena idea, pues aunque otros intentos habían fallado no perderían nada por intentarlo.

Dos semanas después Diana acompañó a su mamá a la consulta de don Rodrigo y éste, tras estudiar el caso de Cecilia, le mandó seguir un complejo tratamiento que aunque resultaba algo costoso, don Rodrigo se había ofrecido a pagarlo, siendo conocedor de los problemas económicos de esta familia.

Tras seguir el tratamiento nueve largos meses, Cecilia fue notando una gran mejoría pues no había vuelto a recaer y había comenzado a llevar una vida prácticamente normal. En la última visita a la consulta de don Rodrigo, éste la había animado a buscar trabajo, pues ya estaba mucho mejor y él tenía la certeza de que esa mejoría sería permanente; es decir, que su mejoría ya sería para siempre y nunca más volvería a sufrir esas convulsiones nerviosas que tiempo atrás le impedían llevar una vida normal. Sólo empeoraría en el caso de que volviese a sufrir una impresión muy fuerte como la que sintió al enterarse de que su bebé adorado, su pequeña vida, Raúl, no podría caminar a menos que la ciencia avanzara y se encontrase remedio a su enfermedad.

Cecilia se había propuesto buscar y encontrar trabajo para que su hija pudiese comenzar firmemente sus estudios y tuviese oportunidad de formarse como es debido, y así lo hizo. El trabajo por el cual se inclinó fue como conserje en el colegio de Santaella, en el CPEIP Urbano Palma, estaba muy a gusto en su trabajo, no era nada complicado y el sueldo era bastante bueno. Pasado un año, Diana decidió dejar de trabajar, pues ya era suficiente el sueldo de su madre, además de los ahorros que tenían reservados por si ocurría algún imprevisto; así fue como comenzó a estudiar, pero al poco tiempo de estar estudiando los profesores se dieron cuenta de la enorme inteligencia que poseía Diana, que como antes había estado recibiendo clases de una profesora jubilada ya había aprendido lo más básico que debe saber una persona con estudios; los profesores creyeron conveniente examinarla con un test de inteligencia y si lo pasaba, trasladarla a un curso de un nivel superior. Diana realizó dicho test y lo aprobó sin dificultad alguna. Así fue como Diana consiguió alcanzar el nivel adecuado como para obtener su ansiado título y poder optar a un trabajo mejor en el que poder hacer gala de su inteligencia y todos sus conocimientos.

Una vez que Diana había conseguido el título y su madre seguía trabajando, la joven creyó oportuno darle un buen uso a los ahorros que habían ido guardando durante tanto tiempo. El uso que Diana pensó darle fue utilizarlo para llevar a Raúl a EE. UU. y poder recibir el tratamiento adecuado a su enfermedad; y tal como lo pensó, lo llevó a cabo.

Tres meses después, Diana y su familia estaban en EE. UU. Raúl comenzó a recibir el tratamiento, se fue recuperando poco a poco y tras una larga rehabilitación, además de la ayuda que le proporcionó el milagroso tratamiento, consiguió sostenerse en pie y dar sus primeros pasos y poco tiempo después consiguió caminar como cualquier niño de su edad y junto a su mamá y su hermana volvieron a su querido pueblo de Santaella. Raúl estaba ansioso por poder subir uno a uno los escalones del Arco que le conduciría a su apreciado “Barrio Bajo”. Por fin, Raúl podía experimentar la maravillosa sensación que se sentía al darle una patada a un balón, por fin podía correr tras sus amigos, dar paseos y vivir la vida como se merecía desde un principio. Ahora podría dar largos paseos luciendo su maravillosa sonrisa de ángel.

Una vez que Diana vio a su madre sana y trabajando con toda normalidad, y a su hermano, feliz, corriendo por las calles y callejones de Santaella, decidió confesarle a Daniel los verdaderos sentimientos que sentía hacia él. Dani reacciono admitiendo también sus sentimientos hacia Diana, y finalmente comenzaron una bonita relación en la que el amor estaba presente en cada momento de sus vidas... Por fin podrían ser felices por y para siempre.

MEMORIA DE SANTAELLA.
DE CÓMO TRES HERMANOS CAMBIARON
EL CURSO DE LA HISTORIA

Ismael Ortega Jaraba

La historia que os voy a relatar, sucedió hace muchos años en un reino muy lejano llamado Owinor. Este reino estaba dividido en varias ciudades de las cuales la más importante era Santaella. Dicho reino estaba gobernado por un rey temido y conocido en todas las lejanas tierras debido a su crueldad y extraña forma de satisfacción, ya que mataba por placer con el pretexto de no recibir suficientes impuestos. Este rey se llamaba Cornualles y heredó el cargo de su progenitora Elizabeth la Despiadada. Cornualles vivía en un gran castillo, en el cual sólo se escuchaban el fuerte viento y los truenos procedentes de las nubes asentadas permanentemente sobre la última torre del castillo. Santaella luchaba por la paz de la nación pero a pesar de sus esfuerzos, nunca logró vencer a Cornualles, aunque seguían intentándolo librando batallas épicas lideradas por el gobernador de esa ciudad llamado Istar.

Todo comenzó cuando unos huérfanos, los hermanos Simón, Sara y León, descubrieron en las proximidades de Santaella una cueva. El trío entró, no sin miedo, y tras seguir unos oscuros y olvidados pasadizos repletos de telarañas llegó a una sala en la que se encontraba un cofre de madera. Simón, que era el mayor, lo abrió y de dentro cogió un antiguo mapa.

Poco a poco fueron interesándose por aquel mapa y decidieron buscar el tesoro que les aguardaba en algún rincón del reino de Owinor. Fueron deduciendo el mapa y encontrando nuevas localizaciones que les llevaban a su destino. Por fin lograron llegar al lugar que marcaba aquella cruz dibujada en el papel. No puedo expresar la desilusión que se llevaron cuando descubrieron que aquel magnífico tesoro de joyas y riquezas que ellos imaginaban era una simple piedra gigante. Se disponían a irse cuando escucharon una voz que les hizo detenerse. Decidieron quedarse a escuchar la misteriosa voz a pesar del miedo que sentían. Les dijo que había un reino gobernado por un vil rey que mataba por placer. Entonces los chicos recordaron a sus padres que fueron asesinados por Cornualles y escucharon a la voz con más atención que antes. Era extraño que los chicos no hicieran preguntas sobre su aparición, pero así lo veían ellos más oportuno. La voz respondió a las preguntas que todos tenían en la cabeza y les dijo que todo se aclararía si decidían realizar cuatro pruebas. Los hermanos se miraron entre sí y asintieron casi al unísono. La voz invocó una puerta que apareció de la nada y los hermanos fueron entrando en ella con cierto temor. Cuando el último de ellos entró, la puerta desapareció y se quedaron totalmente solos en aquel desconocido lugar.

Aquella nueva dimensión poseía un clima caluroso, una tierra árida donde no había más que una escasa vegetación que se encontraba quemada por algún motivo. Los hermanos siguieron un pequeño sendero que encontraron y al final de éste vieron una casa en perfecto estado. Llamaron a la puerta y una anciana

abrió. Le pidieron cobijo y tras echar una breve mirada a León les permitió entrar. La anciana, muy amable, les ofreció parte de las pocas reservas de comida que poseía en su hogar, y un lugar para dormir. Pasó mucho tiempo antes de que la anciana confiara en ellos plenamente pero gracias a la ayuda que le prestaban a diario en la huerta se hicieron muy amigos. León le preguntó una noche la causa de aquel extraño clima y la causa por la que su hogar era el único que había y estaba intacto. La anciana lo miró y Sara y Simón se acercaron para escuchar. La anciana pensó con nostalgia y les relató una historia que sucedió en ese poblado hacía muchos años. La historia que les narró la anciana comenzaba así:

Este era un poblado pequeño pero próspero y tranquilo. Todas las personas que vivían en él trabajaban plácidamente hasta que un día apareció un dragón azulado que provenía de la montaña. Este arrasó el poblado quemando todo cuanto encontraba a su paso...

Todas las personas murieron, excepto la anciana. De los ojos de la anciana brotaron unas lágrimas y cuando se tranquilizó les dijo que ella era como la madre del dragón ya que a partir de aquel día ella lo alimentaba por el hecho de que la dejara con vida. Tras acabar la historia se fueron a dormir.

Los muchachos nunca vieron al dragón azulado durante su estancia allí y la anciana les comentó que ella le entregaba de comer en un lugar llamado Piedra de la Virtud. La salud de la anciana se fue deteriorando con el tiempo hasta que llegó un día en que se puso muy enferma y no se pudo mover de la cama. La anciana, con sus ya muy reducidas fuerzas, les comentó que, si

querían sobrevivir, debían realizar una tarea muy peligrosa: derrotar al dragón. Los hermanos reflexionaron mucho sobre lo que les dijo la anciana y finalmente se decidieron a aceptar tan arriesgada misión. Decidieron que Simón cogería el hacha, ya que era el más fuerte de los tres y atacaría al dragón por la espalda. León y Sara mientras tanto le distraerían. Se dirigieron hacia la Piedra de la Virtud y esperaron que llegara el dragón. Simón se escondió en la copa de un árbol no muy alto mientras Sara y León se colocaban en un lugar visible. Al rato apareció un inmenso dragón sobrevolándoles con unas alas de varios metros de largo. Tenía unas escamas azuladas como el cielo y duras como rocas. Nada más divisar a los dos muchachos los recibió con una fuerte llamarada de fuego que expulsó por sus enormes fauces protegidas por unas filas de grandes dientes puntiagudos. León y Sara corrieron a esconderse cerca del árbol donde estaba Simón. Una terrible tormenta cubría todo el cielo presagiando desencadenar pronto una terrible ira contenida desde hacía mucho tiempo. Simón saltó sobre la espalda del dragón y con los ojos cerrados intentó clavarle el hacha y tras varios intentos consiguió perforarle la espalda y el hacha de metal quedó incrustada profundamente. Los gritos de dolor del dragón se confundían con los estrepitosos truenos que emergieron del cielo mientras el dragón intentaba deshacerse del muchacho y del artefacto que le producía tan terrible dolor. Simón logró esquivar las enormes alas del dragón y saltó a tierra. Momentos después un gran rayó alcanzó el hacha de metal clavada en la espalda de la bestia fulminando y acabando con la vida del dragón al instante. El cuerpo inerte del dragón cayó al suelo provocando un gran temblor.

Los hermanos se acercaron al dragón y al comprobar que estaba muerto se dirigieron rápidamente a la casa de la anciana. Cuando llegaron se encontraron la desagradable sorpresa de encontrar a la anciana muerta. León comenzó a llorar, se acercó, la besó y en un susurro le dijo que era lo más parecido a una madre que había tenido desde que murió la suya. Entonces un suave viento se hizo en la habitación y el espíritu de la anciana apareció sobre ellos y pidió a León que buscara una daga que había en un cajón. Cuando León la cogió, ésta brilló y un intenso resplandor se hizo en la habitación y sin saber cómo aparecieron en la roca en la que escucharon la misteriosa voz que volvió a sonar, sobresaltando a los chicos y abriendo otra puerta. Los hermanos entraron en la nueva dimensión esperando cualquier peligro que les acechara. Llegaron a una zona pantanosa en la que el único ruido era el croar de algunas ranas. A Sara le repugnaba cruzar por lugares así, pero sólo tenía en mente la intención de liberar el reino de Owinor de Cornualles. Cerca de unas piedras encontraron a un soldado malherido, que se presentó como Mailar y les contó que existía una cueva en la que se encontraban unas setas mágicas que curaban cualquier enfermedad que se padeciera. Sara preguntó al guerrero el color, forma o cualquier otra cosa que les permitiera distinguirlas del resto. El guerrero les explicó dónde se encontraban y el color que tenían. Los hermanos se pusieron en camino y tras seguir la pista que les dio Mailar llegaron a una montaña en cuya cima se hallaba la cueva. Sara era la más atleta de los tres, por lo que se puso manos a la obra y comenzó a escalar la montaña.

Cuando llegó a la cima descubrió que la cueva no era muy profunda y dentro, no muy lejos de la entrada, se hallaban las setas que Mailar les describió. Sara las arrancó con cuidado y descendió la montaña hasta llegar donde se encontraban sus hermanos. Cuando volvían junto a Mailar, se encontraron con una ciénaga maloliente de la que brotó un gran sapo de color verde poseedor de unas garras muy afiladas. Sara se escondió asustada poniendo a salvo las setas mientras Simón y León se enfrentaron a él. León era el más beneficiado en la lucha porque poseía un arma. Simón pidió a León que le distrajera mientras él buscaba el mejor momento para acabar con el monstruo. León y Sara esperaron muy asustados mientras Simón se batía en duelo con el sapo pero sin atreverse ninguno a dar el primer paso. De repente, el sapo saltó sobre él y le aprisionó con su barriga. León acudió en su ayuda antes de que le pudiera hacer daño alguno y le clavó la daga en el costado. El sapo lanzaba unos gritos estremecedores hasta que finalmente, agotado, cayó a la ciénaga sumergiéndose lentamente.

Fueron corriendo hacia el lugar donde se encontraba Mailar y le dieron las setas mágicas. El guerrero las preparó, se las tomó y el rostro le fue cambiando paulatinamente. Cuando se pudo incorporar les ordenó que le siguieran hasta que llegaron a una casa de considerables dimensiones. Mailar les pidió que esperaran en la sala de estar mientras iba a buscar un regalo como muestra de gratitud. Subió las escaleras y al cabo de un tiempo bajó con un arco decorado con joyas y una carga de flechas especiales y se lo entregó a Sara. Cuando Sara lo tomó, el arco desprendió un

destello muy luminoso que les obligó a cerrar los ojos. Cuando volvieron a abrirlos se encontraban junto a la piedra y de nuevo apareció la voz. Tras dedicarles algunas palabras de felicitación, la voz les volvió a preguntar si estaban preparados para realizar la siguiente prueba. Los hermanos asintieron pensando que no podía haber nada peor que luchar contra un dragón y un sapo gigante. Tras aparecer la puerta, los hermanos se dirigieron hacia ella. Simón iba primero y más atrás iban León y Sara. Cuando Simón atravesó la puerta, ésta se cerró inmediatamente, impidiendo el paso a sus hermanos quienes se quedaron junto a la piedra muy preocupados por Simón. Tardó un tiempo en hacerse al lugar en el que se encontraba porque todo en él era oscuridad y silencio. De repente se hizo una pequeña luz que iluminaba una silla antigua. En la silla había una inscripción:

“Sólo los que sentimientos puros posean en este lugar podrán hallarse”

Simón se sentó en la silla y de repente una voz misteriosa y a la vez conocida se le presentó. Simón estaba muy asustado porque se encontraba solo ante el peligro y en tales condiciones como en las que se encontraba, estaba en clara desventaja ante cualquier complicación que surgiera. Cuando llegó a identificar la voz se tranquilizó. De repente la voz comenzó a hacer preguntas a Simón y tras una larga serie de preguntas la voz dejó de escucharse y una inmensa luz blanca se hizo en todo el lugar. Simón contempló sorprendido hasta donde le llegaba la vista. Cerca de él localizó una piedra que sostenía un cofre de oro macizo. Simón se acercó poco a poco sin atreverse a hacer el más mínimo ruido. En el cofre había otra inscripción que decía así:

“Sólo aquel que conteste con el corazón podrá adquirir el poder de esta espada”

Cuando Simón la cogió, ésta empezó a brillar y le llevó junto a sus hermanos. Cuando Sara y León vieron a su hermano corrieron junto a él sin percatarse de la tenue luz que iban desprendiendo sus armas la cual se acentuaba más cuanto más cerca se encontraban. Cuando los hermanos se abrazaron, una inmensa luz se acumuló y, de repente, una inmensa bestia de complexión fuerte, de bastante altura, pequeños bigotes negros y enormes, puntiagudos y gruesos cuernos de toro apareció. Los gruñidos del señor Minotauro les sacaron de su estado de asombro. La bestia arremetió velozmente contra ellos pero afortunadamente lograron esquivar la embestida.

Sara, que era ahora la más favorecida en la batalla, debido a su capacidad para disparar flechas desde la distancia, se subió a un árbol esperando tenerlo a tiro para disparar su letal arco. El momento llegó y Sara disparó con tal precisión que flecha alcanzó la pierna derecha de la bestia provocándole unos terribles gritos de dolor. Ahora estaba aun más enfada que antes y, aunque era menos veloz debido a la herida de la pierna, logró alcanzar a Simón en una de sus embestidas provocándoles una herida superficial en la pierna. León no se había percatado de que el Minotauro le perseguía ahora a él, hasta que Sara gritó. León esquivó el ataque sorpresa logrando además clavarle su daga en el pecho con la consecuencia de que al caer se torció el tobillo. Los muchachos se estremecieron al oír los gritos de dolor de la bestia y se dirigía hacia León cuando Sara le lanzó una flecha pero la falló a causa del miedo. El Minotauro la localizó y cambiando de rumbo se dirigió

hasta donde Sara se encontraba y embistiendo varias veces contra el árbol cumplió su objetivo. Todo en la bestia era furia y lentamente se acercaba a Sara. Cuando estuvo bastante cerca Sara cerró los ojos y cuando todo parecía perdido apareció Simón con su nueva espada y se la clavó en el vientre. La bestia gritó y gritó de dolor hasta que no pudo más y cayó al suelo donde se encontraba un gran charco de sangre. Tras esto, Sara y Simón fueron a por León. No le ocurría nada grave, sólo una torcedura de tobillo.

Encima de la roca, aparecieron la anciana, el guerrero Mailar y una persona desconocida. Descendieron hasta situarse frente a los hermanos. El desconocido se presentó como el dios de la Sinceridad y al fin conocieron a la persona que tantas pruebas les había mandado superar. La anciana se presentó como la diosa del Coraje y el guerrero como el dios de la Compasión. Tras presentarse, cada uno de los dioses hizo entrega de una armadura especial a cada uno de los hermanos. La anciana se la entregó a León, Mailar a Sara y la persona de la voz misteriosa a Simón. Cada una de las armaduras estaba adaptada a cada uno de los cuerpos de sus futuros poseedores. Tras hacerles entrega de éstas, les informaron sobre el éxito de sus pruebas y sobre todo de esta última consistente en derrotar al Minotauro además de cuidar de la familia. Tras esto, los dioses se desvanecieron y los tres hermanos se alejaron de aquel místico lugar para prepararse para la gran batalla final en la que se decidiría el futuro del reino de Owinor.

Cuando los muchachos llegaron a Santaella, un ciervo del rey Istar les detuvo ordenándoles que le acompañaran a ver al rey. Los muchachos obedecieron hasta llegar al castillo. El rey les recibió cordialmente y tras comentarle que su siervo les había visto luchar contra el Minotauro y derrotarlo, el rey con total confianza les preguntó si querían formar parte de la última batalla que librarían para acabar con el sufrimiento del reino. Los muchachos asintieron no muy seguros pero cuando el rey Istar les mostró su gran ejército, que había sido preparado tras la última cruzada sin éxito, los muchachos adquirieron confianza y desde ese momento pasaron a ser caballeros oficiales del rey. Este los sometió a diversos entrenamientos entre los cuales cabe destacar la práctica de tiro con arco o la práctica del manejo con dagas y espadas en la lucha. Tras varios meses de duro entrenamiento, llegó el día en el que el gran ejército de Istar, junto al rey y sus caballeros se enfrentarían al terrible Cornualles. Eran conscientes de que la batalla no sería tarea fácil porque Cornualles contaba también con un gran ejército deseoso de derramar sangre. Cornualles sabía que Istar tramaba algo porque hacía mucho tiempo que no se batían en guerra. Entonces mandó agrupar todo ejército para que estuviera alerta por si una nueva batalla comenzaba.

El éxito de los muchachos tras la derrota del Minotauro se difundió por toda Santaella, así como su alistamiento con el rey Istar. Esto llegó a oídos de Cornualles, quien no pudo disimular un gesto de sorpresa. El gran día estaba muy cerca. La mañana amaneció con mucha niebla y con unas nubes que presagiaban una terrible tormenta. El ejército acabó los

preparativos y antes de la marcha, el rey les dirigió unas palabras tranquilizadoras. Tras acabar el pequeño discurso, pusieron rumbo hacia el gran castillo de Cornualles, donde se hallaba su siempre preparado y letal ejército. Los soldados se detuvieron a unos cincuenta metros de la gran muralla que les separaba de Cornualles cuando de repente, éste apareció incitando al Istar a la batalla. Tras esto, volvió a su fortaleza y comenzó una suave y fina lluvia que lo mojó todo. Los soldados comenzaron a preparar las catapultas para destruir la puerta. Tras varios impactos, la puerta se derrumbó ante el ejército y la infantería levantó sus armas con la misma furia que contenía su rey. Todos avanzaron poco a poco, primero la infantería y después los arqueros. Mientras se acercaban, las murallas del castillo se abarrotaban de arqueros. Pronto las flechas sonaron como pequeños zumbidos agobiantes que cubrían todo el cielo. Muchos de los soldados cayeron antes de llegar a la batalla, pero una vez entraron en el castillo el ruido del choque de las espadas rompiendo al aire se combinaba con una perfecta melodía realizada durante el golpe de los cuerpos de unos soldados contra los otros. El rey y los caballeros entraron en el castillo durante el fragor de la batalla teniendo que dar numerosos espadazos hasta abrirse camino a la torre donde les aguardaba Cornualles con algunos de sus mejores caballeros. La batalla continuaba allá fuera mientras Istar, Sara, Simón y León avanzaban torre arriba sin detenerse. La batalla estaba muy igualada y cualquier cosa podía suceder en aquel fatídico y lluvioso día. Subieron y subieron hasta dar con una puerta de madera entreabierta. El rey, que iba primero, al abrir la puerta fue alcanzado en el hombro por una flecha que provenía del interior de la habitación. Cayó al suelo e instintivamente Sara cargó su arco con una flecha y

rápidamente la descarga contra el arquero del interior siendo alcanzado en el corazón produciéndole una muerte rápida. Cornualles desenfundó su arma y su caballero, situado a su derecha, le imitó. Simón se adelantó y mientras mantenía a raya a los dos, Istar se levantó del suelo y se dirigió a ayudar a Simón. Sara no podía hacer nada más en la batalla debido a la imposibilidad de disparar su arco, no fuera que alcanzara a alguno de los suyos, por lo que se dirigió hacia el exterior de la torre para ayudar a los demás soldados. León la siguió, ya que una daga resultaba inútil para enfrentarse contra una espada. El rey y Simón luchaban con todas sus fuerzas y una terrible tormenta se desencadenó, iluminando todo el cielo con sus potentes rayos. La batalla allá fuera estaba ganada y de repente, Sara escuchó un horrible y estremecedor grito que provenía de la parte más alta del castillo, es decir, de donde luchaban Istar y Simón. Sara se dirigió rápidamente hacia arriba corriendo como nunca lo había hecho, seguida de su hermano pequeño. Cornualles había caído en la batalla de una puñalada en el corazón. Su caballero fue derrotado con anterioridad por Istar, quien junto a Simón había ganado la batalla. Sara tardó algún tiempo en reaccionar ante lo que había delante de sus ojos. No podía creer que Cornualles estuviera muerto y mucho menos, que tanto el rey como su hermano estuvieran sanos y salvos. Los rayos del sol se abrieron camino entre las oscuras nubes y la lluvia cesó. Las nubes que cubrían el cielo del castillo se desvanecieron. La amenaza que se cernía sobre el reino acabó y el rey Istar se proclamó el nuevo rey del reino de Owinor.

Istar dedicó a sus fieles guerreros unas palabras las cuales conmovieron sus corazones. Pasaron los años e Istar se hizo viejo para seguir su reinado. Simón se había convertido ya en un mozo guerrero que ahora instruía a los soldados. Sara era ahora una joven con admirada belleza y León se convirtió en un muchacho con un gran corazón. El rey carecía de herederos por lo que antes de su ya previsible muerte, nombró a Simón y a sus hermanos herederos del reino de Owinor. Santaella fue evolucionando hasta convertirse en lo que es ahora, un lugar donde podemos encontrar el antiguo castillo de Cornualles en el que se libraron grandes batallas.

NO SE LO DIGAS A MAMÁ
(RELATO PARA ADULTOS)

J. R.

No era la primera vez que lo hacía. Encerrarse por las noches en el estudio y viajar por la red hasta el amanecer. Leía el periódico en Internet, visitaba sus páginas preferidas... Y era entonces cuando podía disfrutar también de su pasión más oculta: el llamado ciber-sexo.

Solía entrar en varios *chats* con un *nick* insinuante y seducir a jovencitas, casi niñas, para que le dijeran cosas picantes o se desnudaran para él por la *cam*. Y no le importaba nada tener cuarenta y cinco años y decir que tenía diecisiete, ningún pudor sentía al ver a inocentes criaturas de tiernas catorce primaveras desnudas ante lo que ellas creían un maravilloso chiquillo dulce, atento, simpático y guapo. Se olvidaba de la esposa que le esperaba en la cama creyendo que trabajaba, ¿qué pensarían ella y sus dos hijas si supieran el secreto de su padre, lo que había en aquellos archivos con contraseñas que sólo él conocía? Aquella noche sería *Romeo_18* quien saliera a la caza de unos instantes de placer. Primero soltó el cebo "*Romeo_18 dice: busco mayor de 15 que quiera conocer lo que es el amor*". Casi al instante una veintena de ventanas se abrieron en su pantalla.

Inocentes pequeñas carentes de afecto que vagaban crédulas y esperanzadas buscando un príncipe azul que no aparecía. Guardó la dirección de *Messenger* de las más atrevidas y escogió una de ellas al azar para aquella noche: *Vampiresa_15*. La trató bien, colmándola de halagos precipitados y fingiendo interesarse por su vida. Cómo era, edad, qué le gustaba hacer, qué buscaba en el *chat*... Poco a poco la fue guiando, sin que ella ni siquiera se percatase, hacia el tema que a él le interesaba, producto de su excitación. La chica, pensando quizás que era él su príncipe y deseosa de complacerle, no dudó en ir desvestiéndose conforme él le iba indicando, acatando sus lujuriosas órdenes, a solas en su habitación seguramente pintada de color rosa y llena de peluches. Él la fue guiando en la búsqueda de sus zonas más sensibles, le fue indicando cómo hacerlo y cuándo hacerlo para proporcionarse el mayor placer posible y el imaginarse a la niña desnuda delante de la pantalla, sumisa a él, hacía que su mano fuera alternativamente del teclado a su entrepierna donde ya asomaba por la bragueta del pantalón su verga dura, erecta y brillante. Llegaba el momento más delicado y por él anhelado: pedirle a su víctima que le encendiera la *cam* para que pudiese verla haciendo lo que él le mandaba, así también él podría guiarla mejor para que se diera el mayor placer posible. No fue muy difícil convencerla con falsas promesas de amor, de ir a verla, le dijo que le gustaba mucho, que se había enamorado, que por nada del mundo le haría daño, mentiras todas ellas que dieron resultado: la niña

accedió y su imagen apareció en la pantalla. Cual fue su sorpresa cuando reconoció aquel cuerpo femenino, desnudo, sudoroso. A aquella niña que le mostraba sus zonas más íntimas sentada en la silla con las piernas separadas y un brillo febril en los ojos. La víctima de aquel engaño esa noche era la mayor de sus hijas. Alexandra miraba anhelante la pantalla con una mano perdida entre sus muslos, pero no continuó su príncipe con el juego, pues lo último que recibió en la pantalla fue un *“lo siento”*.

Alexandra lo buscó el día y la noche siguientes, pero no apareció. También al otro, pero su príncipe se había perdido en la inmensidad de la red. En cambio su padre estaba cada día más consumido por el remordimiento. Su mente le gritaba “estás enfermo” y su corazón asustado asentía. No podía mirar a su hija sin acordarse de aquella noche, sin que vinieran a su mente todas aquellas pobres chiquillas a las que había observado y manipulado para placer suyo, sucumbiendo al pecado sin pensar en ellas, en su inocencia, en su familia. Se sentía sucio, despreciable y su conciencia le estaba volviendo loco. Tenía pesadillas con esas niñas, vivía paranoico pensando que le podrían descubrir en algún momento. Finalmente amaneció un sábado por la mañana y su mujer, echando en falta a su marido en la cama, fue al estudio pensando que se había quedado dormido mientras trabajaba. Se le heló la sangre y el horror se apoderó de ella cuando al entrar vio la sombra de su cuerpo ahorcado ante la ventana, que se

alargaba sobre la moqueta hasta sus temblorosos pies. Aterrorizada ante tal visión, su grito despertó a sus hijas que fueron en su ayuda. Tras la primera impresión y los gritos y lamentos de todas, Alexandra atinó a ver una nota en el escritorio pero en ella sólo aparecían series de números. Lo guardó y avisó a la policía. No había mucho que aclarar, era un suicidio evidente, y la casa quedó pronto vacía y silenciosa. Alexandra se encontraba sola en el estudio llorando cuando se acordó de la nota. Entonces se le ocurrió una idea: encendió el ordenador y fue abriendo los archivos secretos de su padre. Tal y como ella había supuesto, los números eran las contraseñas de las carpetas y todo cobró sentido cuando empezó a ver su contenido. Fotos de cientos de niñas desnudas posando en posiciones obscenas para su difunto padre. La pequeña no cabía en sí de horror y una angustia indescriptible se apoderó de ella cuando en una de esas carpetas descubrió una foto en especial, la suya propia.

Corría por los pasillos de la casa de su niñez, asustada. Algo la perseguía. Gritaba “¡Papá, papá!” Y la voz de su padre la llamaba, estaba en el estudio. Llegó corriendo por un pasillo más largo de lo normal y se asomó al estudio. De su padre sólo asomaba la cabeza por encima del respaldo del sillón, vuelto de espaldas hacia el ordenador. “¿Papá?” La silla giró y vio a su padre con la cara desencajada por el placer, masturbándose con su foto en la pantalla... Alexandra despertó bruscamente empapada en sudor frío. Habían

pasado ocho años y aún seguía teniendo esas pesadillas. Se levantó y de camino a la ducha tachó otro día más en su calendario y dibujó un punto en una esquina...ya iban tres esa semana, quizás debería dejar de gastarse ese dinero en una psicóloga. Se vistió mirándose al espejo. Se había convertido en una mujer muy hermosa, alta, un cuerpo bien torneado, una melena pelirroja que parecía llenar de pasión el aire a su alrededor y unos ojos verdes que transmitían todo su interior. Pero ella no parecía percatarse de que los hombres volvían la cabeza para mirarla a su paso. Se fue sin desayunar a la oficina, pues llegaba tarde y cuando llegó se detuvo un momento en la máquina de café para sacarse uno bien cargado.

—Hola, tú debes de ser Alexandra, soy Ángel. Acabo de llegar y ya he oído nombrarte varias veces, me han sentado junto a ti.

¡Mierda!, no tenía ganas de ser amable esa mañana:

—Hola, encantada, si me disculpas tengo que trabajar.

—Oye, quizás podríamos quedar después del trabajo y me explicas cómo se hacen las cosas aquí.

No hizo caso y se puso a trabajar sin abrir la boca durante el resto de la mañana.

Los demás compañeros se reían con los inútiles intentos de Ángel por mantener una conversación con ella hasta que a la hora de comer los hombres se fueron a almorzar y de nuevo Alexandra era el tema de conversación:

–Yo que tú dejaría de intentarlo, Ángel, está tremenda pero es una estrecha, pondría la mano en el fuego a que con todo lo buena que está, es virgen todavía

–Bueno, yo sólo quería ser amable, no quiero tirármela–. "Quizás es ese puntito de “mujer imposible” el que más me pone", pensó Ángel.

Los otros lo miraron, extrañados. Alexandra era la fantasía sexual de la mayoría de ellos, incluso de los que estaban casados. Fácilmente podría haber ascendido en la empresa de habersele dado un poco mejor las “relaciones jefe-empleada”, pero ella había seguido a lo suyo sin hacer caso de ninguna de las insinuaciones que recibía continuamente por parte de sus compañeros.

Ángel por su parte era un encantador chico de veinticinco años, muy guapo y trabajador, que se compadecía de ella y al tiempo la admiraba. Era muy desagradable ver el acoso laboral al que estaba sometida y lo bien que ella lo sobrellevaba.

Se acostó. Escuchaba a su padre gritar a su madre mientras ella lloraba desconsolada. “Cállate, zorra, y encárgate de lo tuyo, vamos”. Otra vez había llegado borracho y obligaba a su madre a encerrarse con él en el dormitorio de donde ella salía a la mañana siguiente con los ojos hinchados y moratones provocados por las palizas. De repente se vio con su padre delante de la tumba de su madre. Y de nuevo se vio en casa, su padre llegaba de nuevo borracho pero su madre ya no estaba

en casa... Ahora era él el obligado a meterse en el dormitorio... Ángel se despertó sobresaltado. Otra vez, aquellos recuerdos que durante años se había ocupado de ocultar, de olvidar... Le daba vergüenza, nunca había hablado de ello, pero en sueños no podía evitar que una y otra vez volvieran a su mente. Se fue a la oficina. Ya hacía tres meses que trabajaba allí y había conseguido hacerse lo más parecido a un amigo de Alexandra, pero él sentía algo más por ella. Cuando conseguía entrar en ese duro caparazón con el que ella se protegía era una persona maravillosa y hoy se lo iba a decir.

Llegó la hora de la comida y como siempre se fueron juntos al restaurante de enfrente.

—Sabes, después de tanto tiempo los de la oficina deben pensar que estamos juntos.

Su sonrisa era encantadora.

—¿Y eso te molesta, Alex?

—La verdad es que me da igual, a lo mejor así babean un poco menos.

—Veras, es que a mí... me gustaría que no fueran sólo habladorías.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quiero Alex, no por tu físico, ya lo sabes, te quiero por lo que eres, por cómo eres en tu interior.

No pudo resistirse, aquella noche de viernes quedaron para ir al cine.

Alexandra estaba nerviosa, era la primera cita que tenía desde sus quince años y por primera vez desde hace mucho tiempo se arregló a conciencia. Llegó Ángel a recogerla, aquella fue una velada maravillosa y lo que era más importante para ella: Ángel la respetaba, realmente la quería por lo que ella era.

Así pasaron a quedar el viernes siguiente, y al otro. Pero un día decidieron quedarse en casa viendo una película y Ángel comenzó a deslizar su mano hacia la entrepierna de ella.

—¿Qué haces? —Despertaron todos los recuerdos de sus quince años, su padre con sus fotos en el ordenador, muerto... Volvió a sentirse sucia, a sentirse usada, explotada, engañada y ese trauma renació desde el fondo de sus entrañas y empujando a la reencarnación de su padre huyó hasta la cocina y se encerró.

—¿Me rechazas? —La locura asomaba por sus ojos. Volvió a oír los gritos de su padre, el llanto de su madre, muerta. Volvió a sentir ese desprecio por su madre que su padre le había inculcado, aquella zorra que le mentía y que no le quería lo suficiente como para darle el placer que se merecía. La furia y el deseo de venganza se apoderaron de él y golpeó la puerta tras la que se encontraba la reencarnación de su padre.

Tras algunas embestidas echó la puerta abajo, pero ella le esperaba cuchillo en mano, dispuesta a vengarse del cerdo de su padre se lo clavó en el hombro. Él grito y deseando someter a aquella mujer que tantos problemas daba a su padre, la empujó y empezó a darle patadas en el estómago, ella empezó a vomitar sangre...

A la mañana siguiente sólo había un tema de conversación en la oficina:

—¡Quién iba a imaginar que estaban tan locos!

—¿Quiénes?

—¿No te has enterado? Ten. —Y le tendió un periódico.

En su portada en grande se veían dos cuerpos masacrados y la noticia:

“Una pareja de jóvenes se asesinan mutuamente en un inexplicable ataque de locura”.

MENCIÓN MAYORES DE 18 AÑOS

ALONSO Y MIGUEL

Fernando Hidalgo Cutillas

Existen numerosos indicios de que Miguel de Cervantes pudo basar su personaje de El Quijote en un santaellano, coetáneo del escritor, de nombre Alonso Colorado, también conocido como “el guapo de Santaella”. Si así fue, sería tanto como decir que El Quijote, el personaje más importante de la literatura española, era natural de Santaella. Sin embargo este relato no es más que una ficción, aunque basada en personajes que realmente existieron.



En el crepúsculo de un día gris, a finales de otoño, un hombre de aspecto distinguido avanzaba a lomos de un caballo en dirección a Santaella. Sin prisa, medido el cuerpo por el balanceo de la cabalgadura, el jinete iba absorto en sus meditaciones. Al aproximarse al pueblo y enfilar la calle del Mesón, se encontró con algunos labriegos que regresaban de su quehacer; hombres sencillos, como sencilla es la vida en el campo, que volvían la cabeza con curiosidad para ver al forastero, un acontecimiento inusual en esta villa que, desde que anduvo por ella don Gonzalo Fernández de Córdoba –mucho tiempo atrás–, parecía olvidada por todos excepto por los mismos santaellanos.

Sintiéndose observado, el caballero tomó las riendas con más brío y, componiendo su figura en lo que pudo, se dirigió calle arriba, hacia el castillo que presidía la plaza Mayor. Dejó atado el jamelgo en una argolla cercana a la puerta y entró en el viejo edificio, una antigua fortaleza que en tiempo de moros fue gloriosa y que por entonces, ya algo desmochada, servía de casa consistorial. Atravesó con paso decidido una amplia sala vacía, en cuyo extremo se podía ver una estancia más pequeña, desprovista de puerta. Un hombre sentado frente a un escritorio cubierto de pliegos miró con gesto atento al forastero, a la tenue luz de una lámpara de aceite.

–Busco al alguacil –anunció el recién llegado, despojándose del sombrero.

–Estáis frente a él. ¿Y vos sois...? –indujo el hombre.

–Miguel de Cervantes, recaudador de tributos de Su Majestad. Vengo por el cobro de las alcabalas atrasadas.

El alguacil hizo un mohín apenas perceptible. Las cargas que la Corona imponía a Santaella eran excesivas y sabía de algunos paisanos que no habían podido afrontarlas. La llegada del recaudador no podía significar sino problemas.



Miguel, que era manco del brazo izquierdo, dejó el sombrero sobre una silla para sacar de su gabán unos papeles, que tendió a su interlocutor.

—Aquí tenéis mis credenciales —dijo, avanzando hasta el escritorio.

El otro tomó los documentos y los hojeó, antes de devolverlos a su dueño.

—Sentaos —ofreció amablemente—. ¿Qué queréis de mí, don Miguel?

—En realidad, nada, al menos por ahora —explicó el recaudador, tomando asiento—. Sólo informaros de mi presencia en el pueblo. En pocos lugares soy bienvenido pero muy raramente se producen altercados.

—¿Y qué tenéis pensado hacer?

—Me alojaré en la fonda y mañana empezaré a visitar a los morosos —respondió Miguel, con el tono resignado de quien, a su pesar, ha de cumplir una obligación.

—Informaré al señor alcalde en cuanto lo vea. Si algo precisáis... —El alguacil no terminó la frase—. Hay dos fondas en el pueblo; os recomiendo la que encontraréis en esta misma calle, un poco más abajo.

Los dos hombres se despidieron y Miguel salió, tomó las riendas de su caballo y se encaminó a pie hacia el mesón, que ya había descubierto cuando pasó frente a él, calle arriba.

Golpeó con la aldaba por dos veces y no tardaron en aparecer un hombre y un muchacho. Las ropas de Miguel, aunque algo raídas, eran finas y distaban mucho de las que solían vestir los lugareños. El mesonero, poco acostumbrado a recibir a huéspedes distinguidos, se deshacía en atenciones, tanto por quedar en buen lugar como por las pingües ganancias que se prometía. Tras varias reverencias y muchas lisonjas, Miguel quedó instalado en una de las habitaciones del primer piso, mientras el muchacho conducía el caballo a la cuadra.

—¿Qué trae por aquí a vuestra merced? —preguntó el mesonero, sin poder contener su curiosidad

—Nada que os interese —replicó Cervantes, dando largas. Pero pensándolo mejor, añadió—: Como os



vais a enterar de todos modos, os lo diré. Vengo a cobrar los impuestos que no se pagaron cuando era preciso. Sed discreto si no buscáis pleitos, los dineros de Su Majestad son cosa seria.

–Yo... –prometió el mesonero, haciendo un gesto con la mano como quien se cose los labios—. Estaréis hambriento; venid, os pondré algo de cenar.

–Id delante, os seguiré en cuanto me haya aseado.

Cuando, poco después, Miguel bajó a la taberna, sus cuatro mesas estaban ocupadas. Tres de ellas por grupos de campesinos que bebían y charlaban animadamente. En la cuarta, un hombre ya maduro, de fino bigote y perilla, estaba sentado frente a una jarra de vino; por su aspecto Miguel pensó que debía de ser un militar. El mesonero salió al encuentro de su nuevo huésped, con gesto desolado.

–¡Cuánto lamento no poder acomodar a vuestra señoría como merecel, pero ya veis... –se excusó en tono plañidero, señalando el comedor—. ¿Os importaría compartir mesa?

Sin responder, Miguel se acercó a la que ocupaba el hombre de la perilla y señaló uno de los asientos vacíos.

–¿Me permitís? –preguntó.

–Os lo ruego –accedió el otro, cortésmente—. A mí me sobra mesa y a vos os falta; sentaos, pues.

Poco más tarde, Miguel había dado buena cuenta de un bien colmado plato de garbanzos con algún rastro de chacina y un buen pedazo de pan. A pesar de su única mano, el recaudador se valía con destreza y hasta con elegancia. Desde el otro extremo de la mesa, su acompañante lo miraba con tanta insistencia que Miguel terminó por sentirse incómodo.

–¿Nos conocemos? –preguntó en tono cortante.

–Sólo desde hace unos minutos –respondió el otro. La situación parecía divertirlo—. ¿Sabéis que el modo en que come un hombre dice mucho de él?

–¿Y qué habéis descubierto? –Miguel sintió curiosidad por lo que podría decir.

–Primero, que habéis conocido días mejores. Segundo, que no os gusta hablar. De ahí mi silencio.

Miguel sonrió, complacido por el ingenio de su compañero de mesa.

–No andáis desencaminado, pero sólo acertáis a medias. He conocido mejores días, mas en cuanto a lo de hablar...



–¿Cuál es vuestra gracia? –interrumpió su interlocutor.

– Miguel; ¿y la vuestra?

–Me llaman Alonso.

–Sois soldado, ¿verdad?

–Lo fui; dejé el ejército hace años. Es una triste historia...

–Me agradecería escucharla, si tenéis tiempo y os apetece –sugirió Miguel.

–Pues allá va. Nací en esta villa el ocho de septiembre de 1546. Quedé huérfano muy joven y me crié con mis abuelos. En el pueblo no encontré futuro; yo no quería terminar siendo un campesino, sino un caballero, como los personajes de los libros de aventuras que leía siendo niño. Así que cuando cumplí los veintidós, malvendí la casa y las tierras que heredé y partí a buscar fortuna al servicio del rey Felipe. Entré en el Tercio y ascendí muy pronto a capitán. Una buena paga, todo el vino que podía beber y un jergón donde dormir bajo techo era cuanto yo necesitaba.

El capitán pidió una nueva jarra y llenó ambos vasos antes de seguir.

–La guerra es dolor y muerte, pero también honor y gloria. Sin ello sería cosa de salvajes.

–La guerra es siempre cruel –opinó el recaudador–. Luché en Lepanto con Juan de Austria; un gran hombre a pesar de su juventud. Allí perdí la mano –agregó, mostrando su brazo izquierdo, que cubría con una especie de guante de cuero negro.

–Sois un héroe, entonces...

–¡Ah!, no os equivoquéis. Soy sólo un lisiado. Los héroes son los que, desde los despachos, dan las órdenes en medio de lujo y comodidades. De ellos son

las estatuas y los parabienes de la Historia. Pero decidme –instó Miguel–, ¿por qué dejasteis el empleo que tanto os agradaba?

–Fue en el norte de Francia, donde los hugonotes se aliaron con los rebeldes de Flandes. El ejército francés nos hostigaba continuamente. Un espía informó que en una aldea próxima se estaban acuartelando las tropas enemigas. Mi compañía recibió la orden de atacar. Se eligió una noche sin luna, apenas se podía ver nada. Llegamos sigilosamente a las primeras casas, extrañados por no encontrar centinelas. Algunos de mis hombres prendieron fuego a las techumbres mientras el resto se preparaba para abatir con mosquetones a cualquiera que saliese de los edificios. En poco tiempo las casas estuvieron envueltas en llamas y una densa humareda se extendió por toda la aldea. En cuanto las puertas y ventanas se abrieron, ordené a mis hombres que dispararan sobre todo lo que se moviese. ¡Así me hubiera llevado el Diablo...!

–¿Qué queréis decir? Las batallas son siempre terribles –Miguel no comprendía la desazón del capitán.

–La información del espía era falsa –reveló por fin Alonso–. En la aldea no había más que mujeres, niños y algunos viejos. Todos murieron. No puedo explicar lo que sentí... –añadió, antes de tomar un generoso trago de vino.

–Comprendo –comentó Miguel, apenado.

–Tengo a esa niña aún en mi cabeza... Tendría unos ocho años. La encontramos en una de las casas, en un rincón. Parecía una muñeca negra, sus ropas y cabellos se habían consumido, al igual que los párpados y parte de los labios, dejando un rictus que semejava una

terrible sonrisa. Y sus ojos... –Alonso estaba visiblemente alterado.

–Fue un error, un lamentable accidente. Miradlo así, no debéis culparos.

–Supongo que tenéis razón pero, ¡decídselo a los muertos...! A nadie pareció importarle, ni a los soldados, ni a los superiores. Entonces comprendí que yo no podía seguir allá o acabaría siendo una bestia como ellos y decidí volver a Santaella; un largo camino que me ha tomado mucho tiempo.

–Sois un hombre cabal, demasiado para los tiempos que corren –sentenció Miguel.

–Quise vivir como un caballero y terminé asesinando a mujeres y a niños –comentó Alonso con amarga ironía–. Pero ahora ya no acepto órdenes de nadie.

A la mañana siguiente Miguel comenzó su trabajo. Los deudores eran en su mayoría pequeños terratenientes que vivían del ganado, el cultivo de trigo y la producción de un aceite de excelente calidad. La tarea del recaudador era fácil; lo recibían con amabilidad y respeto, no exento de cierto temor, aunque Miguel sabía que, para sus adentros, lo maldecían a él y a todo su linaje. Después de informarles del estado de su deuda, ellos argüían toda clase de excusas, de errores, de malentendidos... El recaudador escuchaba pacientemente sus razones, para acabar explicándoles que todo era ya inútil, no había más opción que pagar o ir a presidio. Pedían entonces un plazo para reunir el dinero, les concedía unos pocos

días y ellos liquidaban la deuda a regañadientes. Así solía acontecer.

Cuando regresó Cervantes a la fonda para el almuerzo, Alonso estaba en el mismo lugar que el día anterior. Al verlo, el capitán le hizo una seña invitándolo a compartir su mesa. Miguel había quedado conmovido por el relato de la víspera y empezaba a sentir afecto por aquel hombre. Mientras comían, ambos continuaron hablando sobre sus atribuladas vidas. Casi de la misma edad –Alonso un año mayor–, los dos habían sido soldados y llevado una vida errática, sin más rumbo que el que marcaban Fortuna y Necesidad. Miguel desveló que su verdadera pasión era la literatura, que le daba muchas satisfacciones mas tan escasas rentas que se veía obligado a ejercer de recaudador, un empleo odioso pero que le permitía comer caliente todos los días. Por un duelo de juventud tuvo que abandonar la Universidad de Salamanca antes de concluir los estudios, y escapar a Italia, donde fue secretario de varios nobles y algún cardenal. Ello lo llevó a Lepanto, en mala hora, pues no sólo perdió allí una mano; también la libertad, durante un largo cautiverio en Argel, al ser apresado por los corsarios berberiscos el barco en que volvía licenciado por sus heridas. Contó también sus intentos fallidos de escribir teatro y se confesó autor de alguna novela de escaso éxito, en especial de una titulada *La Galatea*, pendiente quizá de ser continuada.

–Así que sois escritor... ¡Magnífico! No hay oficio mejor ni más necesario –afirmó el antiguo capitán.

–Lo intento, amigo Alonso, lo intento. Para mí es lo más importante. Mi pluma es mi inseparable compañera y casi siempre la única.

–¡Qué gran cosa, los libros! –reflexionó Alonso en voz alta.

–¿Os gusta leer?

–Ahora me aburre. Pero cuando era muchacho nada me agradaba más. Nunca he sido tan feliz como lo fui entonces, leyendo las aventuras de aquellos valientes caballeros cuyas únicas leyes eran el honor y la justicia. ¿Sabéis a qué me refiero? Yo vivía esas historias como si estuviese dentro de ellas y al acabar cada libro me sentía profundamente triste; de pronto todo un mundo desaparecía. Es asombroso tener el poder de crear esos mundos.

–No los creamos los escritores, esos mundos existen en alguna parte. Vos mismo sois un mundo sobre el que alguien podría escribir una historia... Pero se hace tarde, he de dejaros –anunció de pronto Miguel–, tengo algunas visitas pendientes. Continuaremos la conversación en otro momento, si os apetece.

Cuando el recaudador hubo salido y se disponía a marchar, el mesonero, que había ido tras él, lo llamó en voz queda:

–¡Señoría!, *psss*, ¡excelencia, esperad! –pidió, mientras se le acercaba con toda la rapidez que le permitía su voluminosa panza–. Debí advertiros antes pero no encontré ocasión. El caso es que... –El hombre titubeó–. Bueno, supongo que os habréis dado cuenta ya...

–Hablad de una vez, ¿de qué he debido darme cuenta? –Miguel se impacientaba, temiendo algún embrollo.

–Pues que don Alonso está... –E hizo un movimiento circular con el dedo índice alrededor de su sien.

–¿Qué queréis decir?

–¡Que es un lunático, vaya!

–¿Y eso quién lo dice? –Cervantes no daba crédito a lo que afirmaba el mesonero.

–¡Todo el pueblo! Lo llaman *el guapo*, por lo pendenciero. Si os sorprende es porque apenas lo conocéis. ¿No os ha contado lo de la niña muerta? ¿O cuando soltó los mulos del molino de aceite? ¿O lo de la ventana de Aldonza? ¡Está como una cabra! He creído que debía advertiros. Si se le contraría se pone furioso, sólo por eso os lo cuento. Sed precavido.

–Quedad con Dios –se despidió Miguel, espoleando su montura sin más comentario.

Ni aquella noche, ni en todo el día siguiente, el recaudador volvió a encontrarse con su nuevo amigo. No dejaba de pensar en lo que le había dicho el mesonero. ¿Sería cierto? Él no había notado ningún rasgo de locura en Alonso, al contrario, le parecía un hombre bastante sensato.

Al tercer día, yendo Miguel por la Sendilla camino de una de las fincas que quedaban por ese lado del pueblo, vio a Alonso sentado en un poyo.

–¿Qué hacéis por aquí? –preguntó Cervantes en tono jovial, bajando del caballo.

–¿Veis aquella casa con tres ventanales? Allá arriba, la más alta... Allí vive mi amada. De un momento a otro se abrirá una de las ventanas y aparecerá la dama más

bella que habita sobre la Tierra. Me mirará, la miraré y nos sonreiremos. Después irá adentro, dejando la ventana abierta. Es una señal.

Ambos quedaron en silencio, mirando las ventanas. En efecto, al cabo de pocos minutos sucedió tal como Alonso había predicho. Miguel pensó que la muchacha tenía un aspecto bastante tosco, seguramente una criada, pero se abstuvo de comentarlo.

–Ya tenéis vuestra señal –bromeó con picardía–. Corred a su encuentro, no os preocupéis por mí, tengo quehacer.

Alonso movió la cabeza a uno y otro lado.

–Entonces, ¿eso es todo? –Cervantes no comprendía–. Alonso, ¿que tenéis cincuenta años!... Si es vuestra amada, ¿no sería mejor que fueseis tras ella?

–Me decepcionáis, Miguel. Sois escritor, tendríais que entenderlo. ¿Queréis decir que debería cambiar esta historia mágica por un vulgar encuentro? ¿Iniciar una relación en la que sólo pueden crecer los problemas y mermar las ilusiones? No haré tal cosa. Ella es mi dama en su castillo y yo su enamorado caballero. Decid que hay mujer más dulce que mi Aldonza y os ensartaré como a una liebre.

Cervantes no estaba seguro, después de la advertencia del mesonero, de que su amigo hablara en broma o no, así que prefirió no abrir la boca.

*****.

Unos días después Miguel y Alonso se encontraron por última vez. Fue en la fonda, la víspera de la partida

del recaudador, que ya había terminado su cometido. Alonso estaba alegre y locuaz, contando una tras otra las historias más disparatadas que le habían sucedido en el largo camino de regreso a Santaella. Por el contrario Miguel se veía triste y preocupado.

—¿Qué os sucede, amigo, que vuestra cara parece hoy más larga que un día sin pan? —preguntó el viejo soldado.

—He tenido un mal día. Dos de las familias del pueblo no alcanzan a pagar las alcabalas con sus intereses. No puedo hacer otra cosa que comunicarlo al inspector de tributos. Los dos hombres irán a presidio.

—¿A galeras? —preguntó Alonso, dando un respingo.

—No, ¡por Dios!, nadie va a galeras sólo por deudas — Miguel esbozó una sonrisa por la ocurrencia de su amigo—. Quedarán en la prisión de Écija.

—¿Y no podéis evitarlo? ¿Alguna componenda...?

—Nada puedo hacer y me entristece; es buena gente que está pasando por un mal momento. Al final todo se arreglará, pero el daño estará hecho. ¡Quién sabe el tiempo que estén allí!

—Decidme una cosa... con sinceridad. Sois mi amigo, ¿no? —preguntó de pronto Alonso, en tono franco.

—Bien sabéis que sí.

—¿Os han dicho en el pueblo que soy un lunático?

La pregunta cogió a Cervantes por sorpresa. Por un momento dudó qué contestar.

—Sí —admitió por fin.

—¿Y lo creéis así?

Se hizo un largo silencio. Después Miguel miró a los ojos de Alonso y respondió.

–Sí, lo creo. Pero la vuestra es una locura maravillosa. Quizá el loco no seáis vos, sino todos los demás.

–Entiendo –dijo el capitán, con semblante hosco.

–Alonso, de niño descubristeis un mundo de honor y de justicia que no es real. Más aún, que es imposible. Pero os refugiáis en él constantemente. Vivís en una fantasía que no existe y ello os lleva a hacer locuras. Los que nos creemos cuerdos también conocimos ese mundo en nuestra infancia, pero lo arrasamos en cuanto nuestros intereses y temores chocaron con él. Sois un idealista impenitente y no se me ocurre locura mayor, ni más sensata.

–Así que esos hombres irán a galeras... –Alonso volvió a cambiar de tema. Miguel desistió de corregir su error, sospechando que sería inútil—. ¿Cuándo vendrán a por ellos?

–Dentro de cuatro o cinco días. Ahora están en la cárcel del pueblo, bajo la custodia del alguacil.

–¿Y cuántos guardias los acompañarán?

–Suelen venir dos, a veces tres... ¿Pero no estaréis pensando...?

–Quedad tranquilo, no estoy pensando nada que no se deba pensar –replicó Alonso con un guiño, otra vez animado.

Miguel se levantó de su asiento y se aproximó despacio a su acompañante.

–Quizá no nos veamos más, capitán, pero siempre os recordaré con afecto. Puede que escriba algo sobre vos...

–¿A quién podrían interesar mis fechorías? –Alonso rio a carcajadas—. Escribid historias galantes con final feliz, eso os dará fama y fortuna, no las andanzas de un lunático que sólo recuperará la razón cuando llegue el momento de pasar cuentas.

–Salgo mañana muy temprano, me despido ya. Hasta un nuevo encuentro, querido Alonso, que tengáis suerte y... sed cauto.

–Si alguna vez estáis en apuros, sabed que en Santaella contáis con un amigo que hará cualquier cosa por vos. Sólo tenéis que avisarme y yo acudiré allí donde estéis.

Los dos hombres se abrazaron y Miguel se retiró a su habitación. Al día siguiente, el largo camino a Castro del Río lo esperaba.



AMOR NO ERA UNA PALABRA

C.R.

Amor no era una palabra, ni un sentimiento. Era su nombre. El aire, a través de la ventanilla abierta del todo-terreno, la despeinaba rabioso; sólo las gafas de sol impedían que su cabello azotara sus ojos. La velocidad era más que una sensación, era un impulso, como si la sangre por sus venas circulara al ritmo del cuentakilómetros.

Eran las doce de la mañana. El día resultó radiante, como si un duende travieso se hubiese empeñado en contradecir al calendario esquivando al otoño un 25 de noviembre. No hacía viento; la vorágine de aire dentro del coche era producto de los 120 km. hora que alcanzaba su viejo Range por más que hundieras el pedal del acelerador.

Los “jaramagos” a orillas de la carretera que llevaba a Santaella comenzaban a verdear tras las últimas lluvias, perdiendo ese color entre dorado y pajizo que la lengua sequía estival, tan padecida en la región andaluza, producía en el paisaje de la campiña. Las charcas, con agua al fin, refulgían como piedras preciosas bajo los rayos del sol, recuperando el entorno propicio como refugio que era, a cientos de especies de aves de paso en su migración hacia las tierras más cálidas de África.

Aunque sus ánimos no estaban para apreciar el paisaje, Amor, aún sin proponérselo, percibía en cada

poro la serenidad, el consuelo del panorama conocido desde la niñez, aún sin mirarlo. Cada faceta de la campiña, en cada estación, bajo el tórrido sol del verano, cubierto de rocío en invierno, brumoso, soleado, seco o renaciente; lo sentía en su piel como el calor o el frío, y respondía al entorno como a una caricia o un abrazo, con los cinco sentidos. El aire impoluto, limpio, el aroma de la Campiña, la vida entre el olivo y la cebolla, entre el melón y el ajo, entre la cual se inserta ese paraje natural protegido que abarca términos territoriales de cuatro municipios, al sur de Córdoba.

Su tierra.

Sus raíces. Su infancia entre la ciudad y Santaella, la huerta, la campiña, el “Oasis”. Su casita de recreo, pequeña y acogedora, que compró con la secreta intención de recuperar recuerdos imborrables de amaneceres cobijada entre el colchón de lana de la casa de su abuela; el olor, la luz, el ruido de la casa en plena huerta, el silencio y la paz, la dicha y la irresponsabilidad de la niñez, recuerdos y sensaciones que el progreso ha destruido pero que ella conseguía recrear dentro, en el interior de su casita al cerrar la puerta, dejando fuera el avance inexorable de la tecnología que había conseguido sustituir el amable trino de los pájaros por el rugido de las grúas en las construcciones que metamorfoseaban la hierba por asfalto; la bocina del panadero que repartía el pan, magdalenas y rosquillas, por el ulular siempre alarmante de sirenas de ambulancias y policía.

De puertas para adentro era su mundo particular. Una bella combinación de casita vieja y muebles viejos,

cada uno de ellos recuerdo de un momento de su vida o de su historia, que aunque no evocarás constantemente, se introducía en el alma al primer vistazo, creando hogar, transformándose en puro sentimiento. La antigua cuna de sus hijos, los juguetes descartados y escondidos en los cajones bajo sus camas. Los libros más viejos, carácter adquirido de tan sobados y releídos que, aunque desmerezcan en su gran biblioteca de su casa en la ciudad, allí entonan con el alma, relajan la mente de tan aprendidas sus historias. La colcha tejida a mano por su madre, empolvada sobre la cama de matrimonio, herencia de abuelas de su abuela llegada a España desde la isla de Malta y que embellecía la habitación por la nobleza de su madera y el laborioso torneado de su cabezal. ¡Tan hermosa!

Aqué era su refugio, el lugar adonde escapar cuando se sentía agobiada, donde abocar los problemas hasta que adquirirían las justas proporciones y deshacer los líos de la vida cotidiana, cual madeja de lana a la que tiras del hilo cuando lo consigues encontrar, donde el cabo se muestra claro, cuando en la ciudad se esconde.

Sintió la urgencia del placer anticipado y apretó el acelerador. El dolor se iba calmando, o escondiendo como el tic-tac de un reloj asordado bajo la almohada; cualquier opción era buena, porque la furia y la rabia, el dolor inminente es mal consejero cuando has de tomar una determinación y no sabes cual. Amor era consciente de ello, aunque no fuera una premisa que rezase siempre con su temperamento. La espontaneidad del sentimiento en caliente, contra la objetividad del análisis; la decisión madurada y meditada contra la verdad inmediata de la respuesta al daño sufrido.

Aunque cerró la puerta suavemente al salir de su casa, en su corazón sintió un portazo. Huyó como gato escaldado por no dejar salir a borbotones por la boca el raudal de su miseria. Sentimientos encontrados, rencores viejos no olvidados ni perdonados, angustia existencial. No era el momento de hablar, no podía. No debía.

El “Oasis” estaba a sólo 45 km. de distancia. Conducir y dejar que el viejo sentimiento que provocaba el paisaje en su ánimo la calmara se convirtió en una necesidad. Que el entorno le influyera positiva o negativamente no era una novedad, así que la inercia guió sus pasos.

La diferencia entre su casa en la ciudad y aquella a la que se dirigía era abismal, tanto como el ecuador del polo, tanto como el norte del sur. Del lujo a la sencillez, de la ostentación a la comodidad, del frío del metal al calor de la madera, del fluorescente y la bombilla a la luz natural, del monóxido de carbono al aire puro, de la calle y el asfalto al camino y la hierba, del cemento al verde. En definitiva, de la inquietud, las prisas y el desespero, a la paz y la calma.

Enciclopedias y ensayos, contra novelas y cuentos tan amados, sin desmerecer a los primeros. Pero no hay comparación posible.

Su jardín.

Accedió a la parcela por la inexistente puerta de la valla, que por su ausencia ofrecía una perpetua bienvenida. Apenas miró el jardín por no asimilar su descuidado aspecto, y aparcó directamente ante la puerta, en vez de bajo el habitual eucalipto que sombreaba el lateral izquierdo de la casa. Dos escalones

intentaban alejar la humedad, y una persiana de tablillas de madera protegía el interior de moscas y demás insectos propios de la huerta.

Cerró la puerta tras ella dejando por esta vez entrar también sus inquietudes. De eso se trataba: relajarse y pensar, acariciar los aspectos positivos y desdramatizar enojos e inseguridades. Analizar, evaluar y valorar casi veinte años de matrimonio, y tomar una decisión. La cuestión no era grata. Ni fácil. Pero se abría ante ella un largo fin de semana y no había por qué precipitarse. Decidió acondicionar algo la casa y empezó por abrir las ventanas del salón y la puerta trasera que accedía al lavadero, aprovechando el calor del mediodía; quitó las sábanas que cubrían sofás y butacas y subió a su habitación. Cambió su traje de calle por un chándal viejo y los zapatos por unos calcetines gruesos con los que solía regalarse el placer de andar descalza, obviando el polvo que cubría suelos y muebles.

No tenía apetito, por lo que vertió hojas de té de mil flores en su tetera de cristal brasileña y se acurrucó en su sillón favorito ante la ventana abierta al jardín. Se negaba a pensar, por lo que mientras abrazaba entre sus manos el calor de la taza, se distrajo observando levitar el polvo en las franjas de luz que el movimiento del aire en los visillos dibujaba y desdibujaba en pautas casi constantes.

El más leve suspiro agitaba las motas provocando un torbellino que tardaba unos segundos en volver a adquirir el ritmo lento y pausado, como anticipándose al próximo suspiro. Se sentía hipnotizada por esa cadencia intemporal, que sabía visible sólo mientras quedase un rayo de sol. Después quedaría la sombra amable de la soledad deseada.

Podría dormir; sin embargo salió al jardín con la intención de quemar rafia y aprovechar el sol desbrozando, podando setos y rastrillando las hojas secas de la grama que, salvo bajo el eucalipto donde no crecía nada, cubrían el resto del jardín dibujado de senderos de gravilla que conducían al cenador, a la cochera trasera que menos coches guardaba de todo, a la piscina vacía y desierta de sombrillas y tumbonas que ahora se apilaban en la mencionada cochera hasta el próximo verano. Amontonó los despojos junto a la valla por no encender una hoguera que tendría que quedarse a vigilar. No hacía aire, pero la ligera brisa que soplaba desde el sur, era suficiente para poner en peligro el apenas recuperado paisaje de la sequía padecida en julio y agosto.

Amor era muy sensible al problema medioambiental, por lo que al final de la temporada vacacional desconectaba siempre el riego por goteo que, aunque disponía de temporizador, no controlaba si acababa de llover antes ponerse en funcionamiento, así que optó por regar a base de manguera, cosa que no la disgustaba en absoluto; muy al contrario, recuperaba con ello la sensación infantil de rociar la puerta a base de manear en un cubo de agua, y los maceteros de geranios con la regadera de latón en casa de la abuela Carmen.

Sus hijos la acusaban de obsesiva porque, aunque entre broma y broma, no permitía el derroche de agua, consumía productos biodegradables, envases ecológicos, reciclaba papel, vidrio, latas y pilas, enfadándose incluso si encontraba algo indebido en el cubo de los desechos orgánicos.

Sus hijos... uno a uno fueron un regalo, el más preciado regalo. Los amaba hasta el infinito, hasta lo inexpresable. Ningún sentimiento conjuga mejor la

dicha y el dolor, ambos constantes, de los que no te puedes desprender ni en sueños. No quisiera morir, por no faltarles...

Sólo era sábado

Se sumergió en sus recuerdos... Pretendía analizarse a sí misma. Podría faltarle objetividad. Caía la tarde cuando dio por terminada su labor en el jardín. Volvió al porche, dejó el rastrillo apoyado en la pared, bajo la ventana del salón y se quedó contemplando la campiña. Las puestas de sol son preciosas, cada una, distinta de la anterior y jamás dejaba de sorprenderla la calidad rosada de los últimos rayos de sol reflejados en las charcas, el cielo oscureciéndose al este, y clareando aún al oeste en un caleidoscopio de colores pastel, amarillo, celeste, rosáceo y naranja. Las tardes discurren plácidas; las noches, serenas, no tan frías como otros años; la luna en estas fechas va menguando pero Venus luce cada noche, esplendorosa como estrella, misteriosa y casi sobrenatural.

Abrió los ojos. Ya era domingo. Sobre la mesilla, el libro de Enzo Biagi *Nosotros estuvimos allí*, con el que se quedó dormida a las tantas.

Allí, aun durmiendo menos horas, descansa más y mejor. El despertar es más dulce, cuesta menos madrugar. El sol introduce la mañana en la conciencia antes de despertarte, la luz es inmensa, los colores auténticos y la campiña al salir de la urbanización a veces, en las mañanas claras, la encandila. En verano es habitual ver algún globo sobrevolando los campos, como un algodón de colores, como una esponja hinchada y suave, desplazándose tan despacio que la

impulsaba a no correr, a imitar su calma y disfrutar del paisaje.

Cada junio le costaba animarse a venir, el traslado para tres meses le resultaba monumental, pero una vez aquí, teme que llegue septiembre. Adoraba a sus vecinos. Con la buena gente, la vida es fácil y placentera. La diferencia entre el campo y la ciudad, tan simple como una puerta abierta: la de la calle.

Hoy ha amanecido más temprano. Son apenas las siete de la mañana y ya hace más de una hora que está en pie. No tenía pensamientos de escribir, pero el deseo la asaltó mientras leía. Eso le agrada, porque casi ha perdido la costumbre. Es consciente de sus propios fallos al redactar, pero no le preocupa. No se trata de florear lo que escribe, a costa de su autenticidad.

Estoy aquí, en la huerta, pero sola. Sigo echando de menos más contacto con la naturaleza. Sobre todo por mis hijos, que no han visto una vaca más que de lejos. Cada día odio más las prisas de este siglo, del mundo laboral, de la gente al conducir, entre las que me incluyo, porque siempre ando con el reloj dándome pataditas en el culo. Total, para llegar al final al mismo sitio que los pobres, los tontos, los tranquilos, los buenos y los malos. Me comerán los gusanos, quiera o no quiera, haya trabajado más o menos, sepa mucho o poco de muchas o pocas cosas. No es que me sienta catastrofista, pero los valores de una vida, la mía, van cambiando, aunque luego sea incapaz de llevarlos a cabo en el día a día. El entorno arrastra mucho, incluso a mí, aunque no quiera. Y cuando el entorno entra en contradicción con lo que crees, o necesitas, la insatisfacción es posible en tu vida. ¿Estaré descargando mi insatisfacción en mi marido?

Amor, intentas preparar a tus hijos para que algún día sepan y puedan enfrentarse a un mundo que empieza a no

gustarte; el progreso, tan necesario, tan inevitable, maldito sea porque al mismo tiempo que "mejora tu vida", va destruyendo grandes valores de la naturaleza humana.

La alimentación cada vez más química, el sexo más frío, el roce más distante. Internet abre unas puertas y cierra otras, y el peso en la balanza depende de lo que esperas de la vida. El correo ya sólo se utiliza para la publicidad y notificaciones. El teléfono ha sustituido a las cartas, la televisión a las tertulias y al cine, los ordenadores al trabajo manual. Las actitudes son cada vez más sedentarias, y hasta los niños empiezan a creer que si no tienes dinero, no eres nadie. A las personas se las valora por lo que tienen, no por lo que son. "Poderoso caballero es Don Dinero". Me da risa unas veces, otras, vergüenza. Quizá sea también mi asignatura pendiente. El tema de concienciar a mis hijos de que no vales más según tienes, sino según haces, es algo que me preocupa. Y de que comprendan que vale mil veces más una buena educación que una gran herencia. Aprender es difícil y, quizá, aburrido. Pero reporta más gratificaciones a lo largo de la vida que el hecho de ser de buena cuna. Algunas veces, hasta yo lo pierdo de vista. Espero saber enseñar a mis hijos a valerse por ellos mismos y a no necesitar de mi ni de nadie para salir adelante en la vida, con o sin dinero, pero si con amigos y una familia que los quiera.

¡Dios mío! Y yo me vengo aquí a plantearme mi continuidad junto a su padre...

Su razonamiento...

Era el momento de enfrentarse a sí misma.

Cuando piensa en el tiempo que le queda por vivir, mucho o poco, y en el sentimiento que la embarga en el momento actual, le consuela pensar que no es tan grave, al menos es soportable sin grandes esfuerzos,

pero se pregunta si será capaz de aguantar indefinidamente.

Está más que segura de lo que siente, de lo que no volverá a sentir si no da un giro de 180° a su situación. El desencanto, el desamor, la rutina y la desidia en su relación de pareja. No es desgraciada, pero tampoco feliz, y se niega a desechar el amor y la dicha de su vida como mujer.

La conciencia, la seguridad de no estar enamorada no es nueva, va para tres años, pero no es fácil seguir adelante porque el cariño y el respeto existen y, además, está en esa etapa en la que piensa más en sus hijos que en sí misma; el desamor ya le es suficiente razón como mujer, pero nada le parece suficiente motivo para alejar a sus hijos de su padre, mucho menos para renunciar a su presencia constante en su vida.

Cuando la decisión y sus consecuencias no la afectan a ella sola, se le hace crudo. Y duda. Se reprocha su indecisión, se escuda, excusa y justifica de todas las formas posibles.

Si deja pasar el tiempo... mejor para sus hijos. Pero los años corren inexorables y no sólo se niega a sí misma la posibilidad de rehacer su vida, sino también a su pareja, a la que de alguna forma considera que está engañando.

Tiene la lágrima fácil y los fines de semana se le hacen eternos, interminables, sin otra cosa que hacer que enfrentarse con la realidad de su vida que no la complace. Se distrae con libros y televisión, se cobija con desayunos y cafés con hermanas y demás familia, pero el resto del tiempo lo enfrenta sola, sin nadie con quien hablar o con quien compartir, apenas con sus hijos, que poco a poco la van necesitando menos.

Recorre a muchas cosas que la distraen de sus obligaciones, pero nadie a quien coger la mano y simplemente pasear. No tiene compañía constante, tampoco le es imprescindible. ¿Qué es lo que falta en su vida? ¿Por qué no puede conformarse? Lo que hay es lo que ella misma ha construido. Si en este momento no le es suficiente es porque en algo ha errado en el camino. No es tarde. Sólo es difícil pero no imposible. Cerrar los ojos, respirar hondo y saltar. No puede salir indemne. Sufrirá y hará sufrir a los que quiere y la quieren, pero no es algo que deba detenerla porque se trata del resto de su vida. De su felicidad con interrogantes. De su futuro, seguro.

Si está en medio del lodo, cualquier paso, en cualquier dirección, la sacará del charco. No sabe si hacia el norte o hacia el sur, pero ya da lo mismo, porque cualquier opción es buena y mejor que la pasividad. “Si no has cometido errores, no estás corriendo los suficientes riesgos”. No será un camino de flores. Del cieno en un pantano al bosque, puede haber todo un páramo por medio.

Si no tiene miedo, si es valiente, si no espera lo imposible y, sobre todo, si está decidida a salir del pozo, tarde o temprano lo conseguirá.

Pero cuando el miedo no es a sufrir ella misma, porque a ello está dispuesta y preparada; cuando a lo que no sabe si será capaz de enfrentarse es al sufrimiento de sus hijos y de aquellos que la quieren... cuando se siente incapaz de provocarles ese dolor, porque los quiere... cuando el premio no es que ellos sean más felices... sino que se trata de ella misma... Entonces flaquea, se siente egoísta si se antepone a los demás, que no son cualquiera, son su mundo, su

marido y sus hijos, y les va a hacer sufrir. Eso es lo que se siente incapaz de enfrentar, porque nadie le garantiza que su felicidad, en el caso de que la alcance, sea también la de ellos. Porque si no sale bien, o el daño fuese irreparable, no se lo perdonaría jamás. Objetivo no logrado. Así, como están las cosas, se va ahogando. Pero ¿qué seguridad tiene de que sepa hacerlo mejor estando sola? No hay garantías. Si vuelve a dejar las cosas como están, los días seguirán escapando, resbalando del calendario. Irá envejeciendo... perderá oportunidades... las hará perder... ¿Qué obtendrá a cambio? No causará dolor a nadie, pero tampoco felicidad, porque no es capaz quien no la siente. Estará vacía de alegría, seca de emociones y no sabe cómo procurárselas a sí misma sin afectar a los demás. Es imposible sin “daños colaterales”. Y a enfrentarse a esas consecuencias es a lo que no sabe si está dispuesta ni preparada.

Sí a la soledad elegida, a continuar sin él, a prescindir en parte de sus hijos, a enfrentarse a otro nivel de vida, inferior, por supuesto. Sí a cualquier inconveniente personal que afecte directamente a su persona.

No al llanto de sus hijos, a la desubicación en sus vidas, al desarraigo y la ruptura de las relaciones fraternales. No a las luchas de poder, ni a intentar aventajar al contrario en el afecto de sus hijos. No a la posibilidad de que exista un contrario... No al soborno afectivo a cambio de paliar la inestabilidad de un hogar deshecho.

Su tranquilidad emocional no era suficiente recompensa ante enfrentar a sus hijos a la ruptura de un hogar estable y un gran padre...

Optó por esperar al amor...

No había otro hombre en su vida, más que su marido...podría resistir... ¿cuántos años más?

Cerró la puerta al salir, y sólo se agitó el polvo. Cada una de sus emociones estaba en su sitio... Salvo el amor...

FOTOS RETOCADAS

V.B.

Al atravesar la puerta sólo tenía claro que se alegraba de no haber vendido la casa de su madre. Todo lo demás, incluida Raquel, lo veía borroso, como si estuviera mirando a través de una ventana empañada. Aparcó su coche justo frente al portal y descargó la maleta, el portátil y la única cámara que había decidido traer. En las calles no había un alma, sólo un chucho a lo lejos que le miraba somnoliento. El vaivén de los bultos hizo que los grillos se callaran y mientras arrastraba la maleta pensó en dar un paseo, estirar las piernas después de tantas horas al volante. La noche estaba fresca y el viento traía el olor del mar, era tal y como había decidido recordar las noches de verano, las de antes de mudarse a la ciudad. Desde que murió su madre apenas había vuelto al pueblo, alguna vez de paso y poco más. La casa se mantenía limpia y en orden porque su hermano sí que venía a menudo con su mujer y sus hijos. Le pareció la misma casa de siempre, con los mismos muebles oscuros y los mismos cuadros de santos, no se veía que su hermano hubiera hecho grandes cambios. Dejó sus cosas en el que fue su cuarto de niño y se desplomó en la cama con algo parecido a un suspiro. El paseo se le apareció entonces como algo indefinido y fatigoso y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que realmente estaba reventado. Se vio a

si mismo deshecho con las piernas y los brazos abiertos sobre la cama sin destapar y escuchó los grillos en la calle y los gritos de Raquel en su cabeza y se durmió sin haber hecho siquiera el intento de deshacer la maleta.

De la calle llegaba el bullicio de la gente yendo y viniendo y de vez en cuando el ruido de algún coche que pasaba, no tenía ni idea de cuántas horas había dormido, ni de en qué momento se había quitado los zapatos, ni metido debajo del cobertor. Se quedó un rato en la cama mirando al techo, repasando mentalmente las cosas que le harían falta durante el mes que iba a quedarse: lavavajillas, pasta de dientes, gel de baño y más cosas. Entonces se levantó y recorrió la casa descalzo rebuscando en los estantes y bajo la cocina cualquier cosa que su cuñada utilizara para limpiar y que pudiera ahorrarse, pero no encontró nada salvo un estropajo sucio y despedazado. Notó que algunas habitaciones olían a cerrado y la verdad era que había polvo por todos lados. Fue una a una abriendo todas las ventanas y levantado las persianas. La cama donde había dormido a la luz del sol tan sólo era una colcha roñosa sobre el colchón desnudo. Repasó el diferencial de la luz, la bombona de butano y la llave del agua, ésta no la recordaba así, quizás su hermano o su madre la hubieran cambiado.

—¿Tendrás que desayunar, no? —se dijo en voz alta. El descanso le hacía estar de buen humor.

Se duchó y se tuvo que secar con la camiseta con la que había dormido.

—Toalla, sábanas y cosas para limpiar —pensó.

De camino al bar se había cruzado con muchas caras que le resultaron conocidas, esperando encontrarse al menos alguna señal en ellas de reconocimiento mutuo, unas cejas levantadas a modo de saludo, cualquier cosa y no ese desapego. Llegó al bar sintiéndose pequeño. Un camarero joven le sirvió el café y las tostadas, desde el día anterior en el almuerzo no había comido nada. El bar estaba cerca del mercado y las mesas estaban a rebosar de gente desayunando, el sol atravesaba la celosía de una de las ventanas y caía a cuadraditos sobre los que estaban en la barra. Encendió la cámara de fotos con cuidado y disparó tres veces. Ni en estos días se había planteado salir sin su cámara, pensaba aprovecharlos para darle un empujón a su libro de retratos.

Raquel iría en él pero no le gustaba que la incluyera. “Esa no soy yo”, decía siempre que le enseñaba la foto. La hizo durante la primera discusión gorda y la capturó furiosa, desencajada.

Ahora no se atrevería a tener la cámara en la mano en una discusión.

—¿Hace usted fotos de carné? —escuchó a su espalda.

—¡Ray! —dijo y se levantó para apretarlo en un abrazo.

—¡Pero bueno!, ¿qué hace Robert Capa en el pueblo?

—Voy a quedarme unos días, llegué esta madrugada —dijo—. ¿Y tú qué tal?, ¿cómo va todo?

Le entró un cierto remordimiento por no haberle llamado, que supiera que él iba a estar una temporada en casa de su madre. Se conocían desde el colegio y ahora con treinta y muchos Ray pertenecía, como él mismo, al selecto club de los que no estaban ni malogrados, ni calvos, ni enterrados en kilos grasa, en

definitiva el club de los que no eran aún gente en vía muerta. Ray siempre quiso ser arquitecto pero terminó al frente de la carnicería familiar cuando su padre y su tío murieron. Carnicería Raimundo e hijos. La heredó junto con el nombre y unas tierras que le daban para vivir sin problemas.

Ray pidió un café solo que bebió con una parsimonia insoportable, hablando todo el rato y levantándose cada poco para saludar a alguno que entraba en el bar, como si no tuviera las más mínima prisa por volver a la carnicería. Los últimos tragos del café frío debieron ser lo mas parecido a beber aceite de coche. Pagó los dos desayunos y se fue con un “ya quedaremos con más calma”. Se le veía bien.

A la vuelta estuvo arrepintiéndose de haber ido a pie a comprar las cosas, las manos le sudaban, las bolsas se le clavaban en los dedos y una de ellas estaba a punto de romperse. Hacía mucho calor y ya algunos se iban para la playa. Dejó las bolsas a un lado de la puerta, junto al expositor de las revistas y empezó a ojear los estantes de los libros. En la lista de su cabeza sólo faltaba por tachar un libro para entretener las tardes. Intentaba recordar la última vez que pasó por esa calle cuando se topó de bruces con esa papelería.

La chica se asomó tras el mostrador directamente desde la clase del instituto donde habían ido juntos. No había cambiado en absoluto. Llevaba un vestido blanco y suelto, nada que ver con las ropas que usaba antes, ropas como de niña tonta a la que viste su madre.

–Hola –dijo; no sabía si llamarla por su nombre y por eso se limitó a sonreír.

Rosa hizo un gesto que quizás intentaba ser amable, algo mitad saludo, mitad sonrisa sin llegar a ser nada y bajó los ojos. En eso tampoco había cambiado. Parecía estar sola en la tienda, perdida dentro de ese traje vaporoso. Estaba seguro que ella se tenía que acordar de su nombre.

–Estoy buscando un libro, una novela, no tengo una idea clara. Algo para distraerme –explicó, porque era la verdad y porque se le hacía incómodo estar allí, como si necesitara una excusa y la propia verdad le sirviera.

Empezó a rebuscar entre los libros alguno que le llamara la atención. Cogió uno gordo de colores negros y brillantes y se volvió esperando una aprobación. Rosa lo había estado mirando en silencio con sus ojillos de miope. Entonces salió de detrás del mostrador y le tendió un libro de tapas amarillas. *Rock Springs*, Richard Ford.

–Creo que éste te gustará más. No te veo leyendo *bestsellers*... –dijo, y alargó el final buscando en su cabeza el nombre con que cerrar la frase.

–Mario. Me llamo Mario, aunque no sé si fiarme de una desconocida –bromeó, coqueteando abiertamente con Rosa mientras ella sonreía.

Se acercó al mostrador y le alargó la “visa”. No hubiera podido precisar como se quedó cuando le pidió algo para contrastar la tarjeta, ofendido por la desconfianza quizás, o humillado por creer que había sido reconocido. Un final de mierda para el reencuentro, pensó. Firmó el comprobante, echó el libro en la bolsa con los estropajos y se despidió con una sonrisa educada.

El resto del día lo pasó haciendo como el que limpiaba, dormitando en el sofá con el libro encima y pensando que en algún momento tendría que empezar con la selección de fotos para el proyecto de los retratos. Le dio por pensar qué hubiese sido de su vida de no haberse marchado del pueblo; escogió irse sin ningún motivo, ninguno, podría haber elegido quedarse, sin más, pero no lo hizo. Cenó un sándwich y una cerveza frente al portátil, tenía miles de fotos, de años como fotógrafo y de sus viajes. Incluso un primer filtro no iba a ser fácil. Por algún motivo, no paraba de pensar en la foto de Raquel, apenas había hablado hoy con nadie y quería llamarla. Nada le impedía preguntar cómo estaba, como si fueran amigos, pero alguien llamó a la puerta, directamente sobre la madera, sin usar el timbre.

—No te estarás aburriendo, ¿verdad? —Ray llevaba una botella de Chiva's y una bolsa de hielo.

Se sentaron en la mesa del patio. Mario trajo un par de vasos, recordaba haber merendado con aquellos vasos al volver del colegio. Metido en un intercambio de palabras que se iban sin dejar huella, bebieron hasta que se acabó la botella y todas las cervezas de Mario, cotilleos de gente que le costaba rescatar de la memoria y de otros que no conocía pero que Ray mentaba como si debiera hacerlo. Mario hacía mucho que no se emborrachaba, Raquel no probaba el alcohol y él casi había adoptado la misma costumbre. Al final, se dejó liar y se escuchó quedando para acompañar a Ray. Dentro de unas pocas horas se iban a comprar una ternera. Por lo visto Ray de vez en cuando se daba una vuelta entre las granjas buscando carne de calidad. Le gustaba elegir el mismo el animal a sacrificar.

Ray cerró de un portazo y se oyeron los pasos alejarse por la calle. Mario se fue al baño, en el espejo tenía algo de barba y los ojos inflamados y lo que quería en aquel momento era hablar con Raquel, quizás podría conformarse con escuchar su voz un segundo y luego colgar. Sentado en la cama, agarró el móvil y le sostuvo la mirada un rato, pero terminó dejando caer el brazo. No estaba tan borracho como para llamar a nadie a las tres de la mañana. Se durmió con el teléfono en la mano, pensando que en cualquier caso, él no era de los que hacían esas cosas.

El claxon del Mercedes 4x4 de Ray le despertó de una noche convulsa en la que había soñado que unas vacas se lo comían a bocados. Todavía mareado, se vistió con las mismas ropas, se peinó sin mirarse en ningún sitio y se maldijo varias veces por bocazas camino del coche.

–Qué resacón tengo –fue su saludo.

–Estas viejo, maricón –Ray parecía haber dormido diez horas, afeitado y oliendo a colonia.

Apenas eran las ocho de la mañana y el sol ya caía a plomo. Ray había puesto un CD de Led Zeppelin y Mario tuvo que apartar la carátula para poder sentarse. El coche estaba realmente sucio por dentro. Hasta que Ray dijo de tomarse un café rápido se limitaron a ver pasar los coches que, en dirección contraria, iban hacia la playa. Paró en un terraplén frente a un bar de la carretera levantando una nube de polvo, pidió dos cafés con leche, sin dar tiempo a Mario ni a pensar y al pedir la cuenta le hizo un gesto al camarero, una especie de tic cómplice y familiar. En la barra junto a la factura aparecieron dos copas de coñac.

–Esto nos va a dejar nuevos –Ray dio un lingotazo que dejó la copa vacía.

Mario se la tomó en pequeños tragos y notó como se le revolvía el estómago con cada uno.

–El mejor desayuno para ir a matar una vaca –dijo y había algo de padecimiento en su cinismo.

–No te quejes, con la pinta que traes se me muere la vaca nada más verte.

Ray conducía con un cigarro sin encender en la boca, lo estaba dejando. A los lados de la carretera ya se iban viendo toros y vacas desperdigados bajo la solanera. Mario bajó un poco el volumen de la música. El sol le daba a ambos en las piernas.

–¿Tan mala pinta tengo? –No dejó que Ray contestara, aunque no parecía una pregunta retórica–. Ayer entré a comprar una novela en una librería del pueblo, me salió Rosita, la que estaba con nosotros en el instituto, me miró de arriba a abajo y me dio un libro de relatos de divorciados y de gente con problemas. No había caído hasta ahora.

Ray sonreía con malicia como esperando que Mario se pusiera a contar sus miserias. A soltar lastre.

–El tiempo ha tratado bien a esa chica, está mucho mejor ahora –fue por donde continuó Mario.

–Invítala a una cena. Estuvo saliendo con un tipo con melenas que iba por ahí en bicicleta, pero ahora está libre –Era como si le divirtiese aquello, como si de ridículo no pudiera ser verdad.

Ray se salió de la carretera girando hacía uno de los caminos de albero que discurría paralelo a una cerca de

alambres de espino. Iban levantando una polvareda amarillenta.

—Hace un año murió su madre y no fue al entierro sino que mantuvo la tienda abierta todo el día — prosiguió Ray. Sonreía—. En el pueblo no se habló de otra cosa. Por lo visto desde que iba al colegio la hacía levantarse a las seis de la mañana para prepararse su comida. No la dejaba nunca ir con otros niños, ni casi salir de su casa. Una verdadera hija de puta. ¿Te acuerdas lo que nos burlábamos porque su ropa se la hacía la madre?

A Mario le vino a la mente aquella chica vestida con ropas de solterona vagando por el instituto como una novicia, como arrastrando algo que no se veía

—¡Qué gilipollas!, y perdíamos el culo por algunas que ahora son marujas de doscientos kilos. Si te digo la verdad, hasta coqueteé con ella con la tontería del libro —contestó Mario, diciéndose a sí mismo que en cierta manera así ocurrió.

—Pues ya sabes, está libre. Además, después de pasarte la noche follando seguro que se levanta temprano a prepararte el desayuno.

—¡Qué cabrón! —le dijo Mario.

Continuaron por ese camino un buen trecho, ahora el sol le daba de pleno a Ray. A lo lejos se veían algunas casas y algún establo.

—El mundo es raro por dentro y pringoso por fuera —dijo Ray de pronto, sin venir a cuento— y siguió mirando al frente como si estuviera solo en el coche, con el cigarro sin encender en la boca.

Mario se preguntó qué camino mental le habría llevado desde Rosa a sus propios problemas, a esos de

los que nunca hablaba, y pensó que tarde o temprano le preguntaría por Raquel y tendría que contarle cómo se estaba desmoronando todo sin ningún motivo, al menos sin ninguno que el fuera capaz de reconocer.

No quería hablar de Raquel con un animal muerto en el maletero. El coche paró delante de un grupo de gallinas junto a una casa que parecía recién encalada.

—Aquí tenían una ternera estupenda hace dos semanas —dijo Ray.

Una bocanada de aire caliente y un sonido de chicharras entró cuando se bajó Ray. El teléfono de Mario sonó y vibró en su bolsillo y entonces aunque no hubiera relación entre ambas cosas, se dio cuenta de que no había traído la cámara. Le hizo unas señas a Ray dándole a entender que se quedaba en el coche, que se adelantara él.

En la pantalla del móvil se leía el nombre de Raquel retroiluminado.

—¿Te pasa algo, te encuentras bien? —preguntó Raquel—. Tengo una llamada tuya de esta noche a las tres.

—Estoy bien, con Ray. Estoy bien —Estaba buscando una explicación a todo aquello.

—Me había asustado. Acabo de verla ahora y me había asustado.

—Quizás al llevarlo en el bolsillo llamó. No sé. Estuve con Ray hasta más o menos esa hora.

No sabía si ella recordaba a Ray, o si ni siquiera le importaba no recordarlo. Mario se rebanaba los sesos buscando algo que decirle, algo que sonara a verdad y a interés, pero no sabía qué.

–Vamos a matar a una ternera –dijo y se sintió idiota hablándole como lo haría un niño–. ¿Dónde estás? ¿Trabajando?

–Sí claro, ¡dónde voy a estar!. No todos podemos irnos un mes donde nos dé la gana. Bueno te dejo que tengo mucho trabajo. Chao.

Mario se encontró con el teléfono pegado a la oreja y mirando a un gallo que se había encaramado en el capó. Ray ya venía de vuelta.

–Listo –dijo al entrar en el coche–. Por cierto, mi mujer me dijo que te vinieras a casa a comer.

–¿Ya? ¿Ya has matado a la ternera?

–No hombre, no –dijo Ray riendo–. Mañana mandaré al matarife que venga con el veterinario. ¿Creías que iba matarla yo? ¿Con qué, a cabezazos?

–Yo que sé –dijo Mario, intentando arreglarlo–. Te vi aparecer con este coche tan grande y pensé que cabría en el maletero. ¡Yo que sé!

Ray se estuvo cachondeando buena parte del trayecto de vuelta, que por algún extraño motivo a Mario se le hizo mucho más corto; el sol daba en la parte de atrás. Le dejó en su casa bajo la promesa de que se duchaba y se iba a comer con Ray y su mujer. Al entrar todo le pareció oscuro, como si la ceguera del sol no se le fuera a pasar. Y fue en ese momento, medio ciego, cuando se dio cuenta de que no había visto macetas, ni una sola, ni una mala hierba creciendo por las grietas del patio. Su madre siempre tenía macetas. Y le dio por pensar que él era lo único vivo en toda esa casa, que la maleta todavía sin deshacer, el libro de divorciados sobre el sofá y la cámara parecían cosas que

hubieran pertenecido a algún muerto, objetos de un decorado de cartón piedra. Entonces se preguntó que en esa situación, ¿qué hombre cabal aguantaría ni un minuto más? Y fue a por el libro, por el recibo de compra que usaba para marcar las páginas, buscando el teléfono de Rosa. Tal vez tuviese la papelería abierta incluso en domingo

RELATOS EN UNA TARDE DE OTOÑO

Valle Serrano Pedrosa

Corrían los días de otoño, un otoño caluroso y con pertinaz sequía, daba sensación de que estábamos en verano.

Sin saber por qué me sentía con ansias de libertad, como si estuviera en cautiverio en un claustro; dejé la labor y salí a andar sin rumbo fijo. Me senté en un banco, sólo se oía el cantar de los pájaros en las copas de los árboles, aquel sosiego y serenidad me dieron paz y un gran bienestar. No sé el tiempo que estuve allí pero tenía que emprender el retorno en virtud de que la tarde declinaba.

En la entrada del pueblo, en el llano delante de una casa, vi a una anciana sentada en una silla y como una docena de mozalbetes alrededor de ella sentados en el suelo.

El que más me atrajo fue uno que estaba cogido a la falda de la abuela, contaría cuatro años, era pecoso, pelirrojo y le llamaban “Periquín”. Los demás eran muy desiguales en estatura, puede que también en edades, prestaban más atención a las preguntas del pequeño que a las respuestas de la abuela.

Me fui acercando y me integré en el grupo sin que ninguno notara mi presencia. Aquellas edades tan dispares y los comentarios de la anciana me llenaron de curiosidad.

Escuché, grabé en mi memoria y ahora relato.

Periquín le pregunta a la abuela

–¿Por qué tienes el pelo tan blanco?

–Pensaré en las frases del poeta y te diré: es la nieve que anuncia de mi vida el triste invierno.

–¿Cuántos años tienes?

–Tantos que ya no sé los que cumplo.

–¿Tú no tienes cumpleaños?

–Ya en mi tiempo tengo “cumplédías”.

–Me paese agüela que tú chocheas, poque naide dise cumplédías, tu tas quivocá, son cumpleaños

–No, Periquín, cada día que da luz a mis ojos es un cumpleaños para mí pero... dejemos esto, tus hermanos y primos se ríen y nos hemos reunido para que me preguntéis vivencias de antaño para hacer el trabajo del colegio, y de esta forma nos llegará la hora de dormir y no habréis hecho nada.

Otra vez Periquín intervino.

–Sí agüela, han venío a saber cosas y están deseando largarse, pero yo estoy contigo to el tiempo – y cogía el brazo de la abuela y lo abrazaba fuerte. La abuela lo miraba con ternura y le decía: –Periquín mío cuando seas mayor también me dejarás, pero vamos, no interrumpas, deja a los demás que hablen.

Fernando, que parecía el líder, pregunta:

–¿Es que en tus tiempos los protagonistas de todo eran los abuelos? Pues serían unos retrógados porque el pasado está desfasado.

Muy tranquila la anciana le responde:

–Eso sería por sectores de grandes terratenientes, que todos vivían bajo el imperio del magnate, que era el abuelo. Estos eran minorías, en general, cuando las familias humildes hacían algún proyecto de algo el abuelo sabía y daba su opinión según su experiencia. Luego se obraba según convenía, pero al abuelo su silla en la mesa y el calor humano de la familia no le faltaba.

Otro nieto toma la palabra:

–En tus tiempos había muchos analfabetos ¿no? Ahora tenemos más cultura. Nuestro nivel es más alto y sabemos defender nuestros derechos.

–Sí, Francisco, nuestra cultura se limitaba al trabajo; yo contaba trece años y ya era obrera eventual, trabajaba de solo a sol y me daban de jornal seis pesetas y un cuarterón de pan. Teníamos una cartilla de racionamiento y a cada uno le sellaban la suya cuando comprabas el bollo que te pertenecía, no había más pan en las panaderías hasta el día siguiente, si se tenían más recursos se compraba el kilo de pan que valía siete pesetas, más que lo que se ganaba en un día, bueno, esto era el contrabando.

Otro nieto pregunta:

–¿Entonces no se traficaba con drogas?

Y la abuela responde:

–No, porque el tráfico era de elementos comestibles, esto les dejaba mucho dinero, se llamaban estraperlistas, eran vendedores en puestos, los grandes “camellos” estaban en sus fincas con empresas de camiones para estos fines y, como es natural, la droga no tenía sentido, el dinero se gastaba en comprar comida.

Fernando pregunta de nuevo:

—¿Y por qué llegó el país a caer en ese estado?

—No siempre fue así, en otra época el país iba prosperando, aumentando los centros escolares, repartiendo cortijos en parcelas a los obreros. En Andalucía teníamos grandes talentos, médicos, escritores, poetas, pintores, toreros y demás, con un gran deseo de fomentar el progreso y un gran afán por superar en todo; es increíble leer algunos documentos que quedan de aquella época.

—¿Que pasó entonces? , preguntó Fernando.

—España se regía por una república democrática, y un sector militar se sublevó en contra de la bandera republicana y se declaró una guerra civil.

Calló la anciana... Los nietos ya no se reían, eran todo oídos para absorber el relato de la abuela. Después de un silencio uno de los nietos le pregunta:

—¿Tú viste la guerra?

—El frente abierto de combate no lo vi, pero si vi a los hombres que sacaban de sus casas para fusilarlos, sólo por el delito de tener otro ideal. Recuerdo que al alcalde del pueblo se lo llevaron, lo hicieron desaparecer de la faz de la Tierra y nunca se supo donde cayó. Fue horroroso, horroroso.

La abuela se tapaba los ojos con las manos.

—¿Y quién ganó, abuela?

—Pienso que nadie, en una guerra sólo gana el mal, con sus enfermedades, miserias y odios. Y perder... perdimos muchas cosas; a los seres queridos, los

sentimientos nobles y humanitarios, el bien máspreciado de la humanidad. Dios quiera que nunca caigáis en ese abismo sin fondo que es una guerra. Perdimos bienes materiales y nuestras familias quedaron herniadas por estas causas, esta tragedia nos marcó, causándonos un gran daño. Esto influye en que, cuando vienen nuestros nietos, nos llenen de optimismo y nos borren el pasado con su caricias, nada más queremos, nada más.

Periquín, con su gracejo lenguaje se levantó y gritó:

–*“Viva la agüela y la de éste, y la del otro, y la de tós, que te vamos a dar un kilo de abrazos ca uno”*.

Un colectivo de vivas se oyó en la noche mientras abrazaban a la abuela.

El día se había extinguido y las luces alumbraban la calle. Yo me fui pensativa hacia mi hogar, los relatos de la anciana habían calado en mí.

Aquella noche me dormí pensando que yo podría ser esa abuela.

